



PREMIOS 2018

XXXV CONCURSO NACIONAL
A LA CULTURA LABORAL



MUJER TRABAJADORA

EQUIDAD E IGUALDAD DE
OPORTUNIDADES LABORALES



- ARTESANÍA
- ESCULTURA
- CORTOMETRAJE
- FOTOGRAFÍA
- PINTURA
- CUENTO
- DECÍMA
- POESÍA
- PRENSA ESCRITA

LIBRO MEMORIA



REPÚBLICA DE PANAMÁ
GOBIERNO NACIONAL

MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL

Esta publicación cuenta con la colaboración del Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral, a través del Instituto Panameño de Estudios Laborales. El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, la postura del MITRADEL / IPEL.

Todos los derechos reservados

**IPEL
Premios 2018**

XXXVIII Concurso Nacional a la Cultura Laboral

“Mujer Trabajadora: Equidad e Igualdad de Oportunidades”

Géneros Literarios y Categorías

Prensa Escrita	Escultura	Artesanía
Corto Metraje	Décima	Cuento
Fotografía	Poesía	Pintura

Ministerio del Trabajo y Desarrollo Laboral

Doris Zapata Acevedo
ministra

Roger Alberto Tejada
vice-ministro

Winston I. Sánchez A.
secretario general

Instituto Panameño de Estudios Laborales

Román Gordón Randolph
director técnico

Jorge Elías Murillo
sub- director

Víctor Torres
jefe del Departamento de Investigación
Socio Laboral.

Reinaldo Cerrud
jefe del Departamento de Docencia.

Osiris Carvajal
jefa de la Dirección Administrativa.

Antonio Barrera
diseñador gráfico

ÍNDICE

Introducción.....	09
Ganadores de Artesanía.....	12
Ganadores de Cuento	18
Ganadores de Corto Metraje	78
Ganadores de Décima.....	84
Ganadores de Escultura.....	90
Ganadores de Fotografía.....	96
Ganadores de Pintura.....	102
Ganadores de Poesía.....	108
Ganadores de Prensa Escrita.....	184
Jurados.....	190

Introducción

Las expresiones culturales son parte integral de las costumbres y tradiciones de una nación; y estas se manifiestan de muchas maneras, es así como los trabajadores artistas nacionales presentan cada año sus obras en el prestigioso Concurso Nacional Premios IPEL a la Cultura Laboral, actividad cultural que forma parte de la agenda de este Ministerio cuya organización se lleva a cabo por medio del Instituto Panameño de Estudios laborales (IPEL).

Este concurso mantiene como una de sus características, seleccionar un tema que sirve de inspiración a los trabajadores que buscan destacar con sus ingeniosas obras de arte. En este sentido, para este año 2018 en su XXXVIII versión, el tema escogido guarda mucha relación con las aspiraciones de las mujeres en el ámbito laboral, por tal razón fue titulado: “Mujer Trabajadora: equidad e igualdad de oportunidades laborales”

El descrito tema no solo busca sensibilizar a los artistas participantes de este concurso, en cuanto a la importancia de equilibrar las oportunidades que deben existir entre hombres y mujeres, sino también motivar a los espectadores de estas obras artísticas a sumarse al desarrollo de la convivencia social en el marco de la igualdad ciudadana.

Por tal razón, me complace mucho en esta oportunidad mostrarle a ustedes, por esta vía, los resultados del XXXVIII Concurso Nacional Premios IPEL a la Cultura Laboral en la cual trabajadores, aplicando sus mejores dotes artísticos se hicieron ganadores de los premios en las diferentes categorías del concurso tales como: poesía, cuento, décima y prensa escrita, dentro en las artes literarias y pintura artesanía, escultura, fotografía y cortometraje como artes visuales.

Destacados trabajos se presentaron este 2018 que demuestran ese nivel de compromiso hacia el fortalecimiento de esa capacidad de crear, innovar y plasmar en una obra toda esa imaginación que surge desde lo más profundo de nuestros artistas nacionales.

Felicitamos a todos los trabajadores y trabajadoras que participaron en este XXXVIII concurso por sus talentosas obras, especialmente a los ganadores, porque más significativo que recibir un premio, el valor máspreciado es contar con ese amor por el arte manifestado con arraigo a nuestras tradiciones y costumbres como nación.

Seguros de que continuaremos consolidando la realización de este concurso para el beneficio de la cultura y nuestra sociedad, hago un llamado a la participación de todos aquellos trabajadores que sabemos tienen mucho que aportar en lo cultural a través de sus creativas obras.

Doris Zapata Acevedo
ministra de Trabajo y Desarrollo Laboral

CATEGORÍA



ARTESANÍA

CATEGORÍA



CUENTO

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE

CATEGORÍA



DÉCIMA

CATEGORÍA



ESCULTURA

CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA

CATEGORÍA



PINTURA

CATEGORÍA



POESÍA

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA



CATEGORÍA



ARTESANÍA

GANADORES



Categoría: Artesanía
Premio: Primer Lugar
Título: Signos de Equidad
Autor: Alvin Cerrud Peralta
Provincia: Panamá



Categoría: Artesanía
Premio: Segundo Lugar
Título: Mujer en la balanza de la equidad
Autor: Víctor De León
Provincia: Los Santos



Categoría: Artesanía
Premio: Tercer Lugar
Título: Plenitud
Autora: Griselda Gutiérrez
Provincia: Herrera



PRIMER LUGAR



Título: Signos de Equidad

SEGUNDO LUGAR



Título: Mujer en la balanza de la equidad

TERCER LUGAR



Título: Plenitud

CATEGORÍA



ARTESANÍA



CATEGORÍA



CUENTO

GANADORES



Género Literario: Cuento
Premio: Primer puesto
Titulo: Crónicas Estrogenadas
Autora: Klenya Morales De Bárcenas
Provincia: Panamá



Género Literario: Cuento
Premio: Segundo Lugar
Título: Nubes Rojas
Autor: Carlos Atencio Atencio
Provincia: Panamá



Género literario: Cuento
Premio: Tercer Lugar
Título: Mujer común y corriente
Autor: Allen Patiño
Provincia: Chiriquí



PRIMER LUGAR

CRÓNICAS ESTROGENADAS

Volver a empezar

Despertarse a las cuatro de la mañana. Amanecer sin luna. Oscuridad interrumpida por las luminarias de la calle. Con el tiempo, el cuerpo se acostumbra a maldormir, a funcionar en piloto automático para que el engranaje no se detenga. En algún momento de su historia ella dejó de vivir para simplemente sobrevivir. El agua está helada y ella decide hervir un poco en la olla de hacer pasta para echar en un tanque que siempre guarda dentro del baño, así los niños podrán usar un poco de agua tibiecita. Pero por más que mire el agua con insistencia, no va a hervir más rápido. El sol no saldrá por buen rato sobre la mancha deforme en la que se ha convertido la ciudad, ciudad que extiende sus tentáculos hambrientos en todas las direcciones, sin densidad, sin planos, sin objetivos. Hacer desayuno para Héctor y los niños, revisar maletas, despachar a Santi a la escuela en el busito de contrato, que llega a buscarlo a las cinco y diez. A Rosita la dejan directamente en la escuela porque queda de paso. La maleta de Santi es de Batman y la de Rosita es de unicornios, con loncheras a juego. Santi está un poco grande para usar mochila de Batman, pero la verdad es que está buenecita y la puede usar un par de meses más. Salir tempranito para evitar el tranque del Corredor. En un solo carro, porque si no las cuentas no salen. Pero el esfuerzo y la logística son por el gusto, porque todo el mundo tuvo la misma idea. Hacer un trayecto que sin tráfico toma 20 minutos, en dos horas. Un desastre. La idea es conversar durante el viaje para compartir en familia, pero nadie dice nada. El silencio del amanecer se traga las buenas intenciones. Adela trata de echar otro sueño. A Rosita hay que despertarla al llegar a la escuela. Luego llegan al área bancaria y Héctor se va caminando a su oficina. A Adela le queda la tarea de resolver dónde parquearse; coloca las manos en el volante, suspira y piensa *“Nombre no. Esto no es de Dios”*.

Como la mayoría de los empleados del área financiera de la ciudad, Adela no tiene estacionamiento bajo techo. Cuando le toca llevar el carro –ella y Héctor tienen un “sistema

logístico” —, se estaciona día a día a varias cuadras de la oficina, jugándose entre zonas de *no se estacione*, líneas amarillas e hidrantes. Adela se pasa el día con el estrés de que las grúas del Municipio no pasen cerca de su carro. Obvio que los abogados sí tienen *parkings* bajo techo, para los Porsche, las Prado y uno que otro Maserati.

Adela sabe que uno no se maquilla antes de llegar a la oficina, o la base se le va a derretir junto con el rímel y el delineador. Más vale entrar al trabajo con la cara lavada que parecer un mapache. Paraguas, periódico, cartera y portafolio, Adela se aventura a caminar hacia su oficina, a ver si le queda tiempo de corregir lo que puede. Siempre hay que lucir al mejor nivel de sus posibilidades, aun cuando el sueldo a veces no alcanza para cubrir los gastos que acarrea reflejar una estampa glamorosa en todo momento.

En la época lluviosa, todo se ve del color de la plata vieja y sin pulir desde los ventanales de piso a techo de la Torre BancoSur, al igual que desde el resto de los edificios que definen el horizonte de la ciudad. Y pasa lo mismo de siempre. Todo comienza con una lluviecita pendeja. 30 grados Centígrados afuera y 16 adentro. O te cocinas en el trópico o te congelas en una morgue. No hay punto medio. Los cristales se empañan y uno no puede aguantar la tentación de escribir su nombre sobre la condensación.

Si tienes oficina en una esquina puedes llegar como a las once. Para eso eres jefe. Las gotitas de lluvia surcan las ventanas de los bufetes y bancos, de transnacionales y casas de valores. Los ejecutivos de los gigantes de las finanzas pueden mirar hacia el piso y ver a los de a pie, — que son los que pagan los intereses de sus casitas en el suburbio por 30 años o hasta morir, lo que ocurra primero— tratando de llegar a sus trabajos para buscarse la vida. Gente promedio, con oficios promedio y sueldos promedio.

La calle aún está medio dormida. Es quincena y juega el gordito. Los billetteros agitan su mercancía sobre los parabrisas de los autos. Los árboles tiemblan, los pájaros salen graznando a toda velocidad. Las palmeras bailan, se doblan y sacuden. El aguacero es evidente. Los charcos comienzan a formarse en los huecos mal rellenados con asfalto. Los burócratas del centro financiero encorbatados, las oficiales de banca privada en tacones y medias de *nylon*— o con chancletas de plástico para cambiarse en la oficina, avanzan saltando y tapándose la cabeza con carteras, portafolios o loncheras.

Al llegar a la oficina marca el reloj y se mete al baño para hacer un control de daños en su



ropa, cara y cabello. Luego comienzan la faena y el intercambio de saludos diarios e historias sin importancia. La oficina es una mezcla de perfumes. De Chanel No. 19, pasando por *Amarige* y terminando hasta en Pachulí. En el aire se escucha ese zumbido sin sonido de los monitores. Las secretarías se ven un poco azules, como el reflejo de las pantallas de las computadoras.

Esta ciudad cree que le ha ganado al mar. Los edificios van dando forma a la silueta del área bancaria. Los muchachos que venden periódicos bajo los semáforos buscan refugio con caras de tristeza y frustración. Los vendedores de desayunos pedalean con todas sus fuerzas en las bicicletas para proteger su carga de empanadas y hojaldras envueltas en bolsas de papel manila con manchas circulares de grasa. No hay muchas ventas cuando llueve y cuando hace sol tampoco se gana bien.

Alegres estudiantes corren por las calles con las camisas blancas y celestes pegadas a sus pieles, tratando de competir por agarrar un puesto en el *Metrobus* de la ruta Calle 50. Parece que será otro día sin ir a clases. Para variar.

El día de trabajo va sucediendo automáticamente. Reuniones que pudieron haber sido un correo electrónico, usuarios que no aprenden a cerrar las ventanas de la computadora y se quejan de la velocidad del internet. Bochinches de oficina. Conferencias por *Skype* que se caen, facturas que no facturan. El Dr. Fulano bloqueó su celular porque se le olvidó la contraseña. Almuerzo en el puesto de trabajo. Algún gracioso trajo pescado y lo calentó en el microondas de la oficina. Todo huele marisco. O a pollo con brócoli. O a lo que sea.

A las cinco de la tarde en punto, Adela acerca su tarjeta al reloj. No puede evitar sentir un poco de vergüenza por el apuro, pero tienes que salir volando del trabajo. No hay huevos, ni jugo, ni pan, ni leche —ese pensamiento le ha estado rondando por la cabeza todo el día como un mantra. Pero el jefe te llama al celular justo cuando está a punto de entrar al elevador. Hay un fuego que apagar. Y cuando te das cuenta que no va a llegar a tiempo a la guardería en donde dejas a Rosita, llama a alguno de sus hermanos para que le haga el favor de buscarla y quedársela hasta que ella pueda llegar. Pero no lo puede hacer todos los días, porque ellos también tienen sus vidas. Sus problemas. Sus luchas. Y cuando compara sus problemas con los de ellos, sin dudar se queda con los suyos.

Y uno espera que el día siguiente sea diferente. Pero nada cambia. Es la más leal del equipo. Ya son diez años de trabajar en la firma de abogados más grande del país. Tan es así que allí donde haya un consulado panameño, allí tienen ellos una sucursal. Son los misterios del poder. Pero nada de eso es problema de Adela. Su problema es ser una profesional en lo que hace y estar obsesionada con hacer

un buen trabajo. Con la perfección. Se lleva los problemas de la oficina a la casa. Está *on call* todo el tiempo. Tiene a su haber decenas de horas extras que nadie le va a pagar. Nunca se sabe cuándo va a colapsar la sucursal en Shanghai, Oslo o Pireos. Nunca se sabe cuándo se va a ir la luz y se amenace la integridad de los servidores. Nunca se sabe cuándo a *Anonymous* se le va a ocurrir atacar su base de datos y la oficina se convierta en un blanco fácil para la segunda parte de los *Panamá Papers*.

Es duro darlo todo en el trabajo, hacer una maestría mientras estás embarazada, preocuparte por la empresa como si fuera tuya y tener siempre presente que no tienes el apellido adecuado para aspirar a una Vicepresidencia. Y no solo es eso. Pasa que es mujer y en esa firma, las mujeres no son material gerencial. No tiene ninguna influencia o amigo arriba de la escalera de mando. Su jefe puede no haberse graduado de nada, pero mientras él no se jubile, ella no puede aspirar a más que ser su secretaria ejecutiva sobrecalificada. Y si aunque fuera le pagaran las horas extras y le subieran el sueldo acorde a tu desempeño, pues bueno, no hay reconocimiento pero hay platita, ¿no? Pero pareciera que, de algún modo, incomprensible y misterioso, a la firma le conviene que uno no esté bien pagado. Que viva apretado. Quizás para que uno se mantenga con hambre de éxito. Te ponen la zanahoria en frente, como sale en las cómicas.

Eso lo piensa Adela mientras recuerda que Santiago se está quedando en Matemáticas y que por más que trates de explicarle la tarea a las diez de la noche, —cuando al fin lo puedes ver—, hay muy pocas probabilidades de que salve ese fracaso. Un tutor está fuera del presupuesto familiar. El psicólogo va a costar otro *bollo* de plata. Y ni hablar de una rehabilitación, que va de la mano con un contrato de busito que lleve y traiga a *Santi* durante el verano.

Desde que recuerda, Adela ha estado rodeada de mujeres trabajadoras, incansables, creativas. Mamá. Tías. Maestras. Profesoras. Costureras. Abuelas. Amigas. Mamás de las amigas. Lo que es más, siempre le pareció que una mujer con grados universitarios que se queda en casa exclusivamente, no es algo común. Y aún si lo hacían, eran unas expertas en su casa. Menús variados. Vajillas para invitados. Jardines siempre verdes. Casas adorables, hijos y marido impecables. Nunca percibió ninguna de las dos tendencias como una traición a su naturaleza de mujer.

Hasta que le tocó atender a su propia familia. Entonces se dio cuenta de que los platos no amanecen limpios por arte de magia, mientras uno duerme. Ni se llena la despensa. Ni la plata se estira milagrosamente.

Fue un poco sorpresivo ver que la chequera no se balanceaba sola ni te manda una alerta



cuando está a un solo dólar del límite inferior. No hay elfos que laven, doblen, planchen y guarden la ropa, ni las citas médicas del Seguro o de la *Privada* se hacen solas. Ellos no te llaman para hacerte la vida más fácil. Nada de eso. En la escuela te hablan del abecedario, pero nadie te previene que habrá muchas otras “letras”. El carro, la casa, Fenosa, IDAAN, Aseo, el Corredor. Y las tarjetas de crédito *hasta el tape*. Y ni hablar de la porquería de banco con la que se metió, en el cual ningún ser humano te atiende. Cuando necesita algo, llama por teléfono y se demora veinte minutos entre menús y grabaciones sin color de voz.

Como en el caso de Adela, que la casa esté limpia no es un capricho. Da la casualidad de que sus hijos, su marido y hasta ella misma, son alérgicos a cualquier manifestación de polvo.

Los amigos llegan a casa —un poco menos cada mes— y todo debe ser perfecto. Las cervecitas frías, el ceviche, los patacones... Los electrodomésticos se dañan, y de la nada Adela tiene que conseguir 200 dólares para cambiar los cauchos de la nevera que compró *de paquete* hace dos años. Hay que darle mantenimiento al carro, lo cual puede superar con creces el precio de la letra. Correr a llenar el tanque, porque el otro viernes sube la gasolina. A Rosita hay que ponerla a dormir, leerle un cuento y enseñarle a rezar. Con Santiago hay que conversar de lo que sea. Ya viene la pubertad y con ella, el abismo impresionante que se abre entre uno y sus hijos. Al mirarlo dormir, Adela hace una nota mental de que hay que ir a cortarle el cabello. Obvio que a la barbería, porque volver a pagar 15 dólares por un corte de hombre, le parece un asalto. Adela revisa la maleta de Rosita y se percata de que mañana tiene un cumpleaños. Siempre cumple algún niño en la guardería. Y cuando ve las tareas de Santiago, algo dentro de ella se pone a llorar. Pero no llora. No sirve de nada.

Hay que bajarle las bastas a los pantalones. Pegar algunos botones y sacar manchas. Hay que cocinar para llevar al día siguiente. Cosas variadas, nutritivas y apetitosas. Comer en la calle es cada día más pecaminoso. A Rosita no le gusta nada. Solo come huevos revueltos y salchichas. Y como toda ama de casa que se respeta, sabes que las salchichas dan cáncer. Pero es lo único que hay, y Adela está muerta de cansancio. Y mientras le empaca salchichas para la lonchera, siente que ha fracasado como madre. Pero todo es temporal —suspiro de Adela—, pronto crecerán y esos momentos difíciles, serán solo recuerdos.

Y está ella. Al final de la lista. Tiene que verse como de catálogo. Deslumbrante. *Blower, highlights, manicure, pedicure*. Quitarse el maquillaje religiosamente. Hacer que sus tres *suits* parezcan 30 combinaciones diferentes. Hay que tener un blower chiquito en la cartera, para cuando el clima

falla. Ya renunció a caminar 30 minutos dos veces a la semana, porque por el amor de Jesucristo, ¡tiene que dormir a alguna hora! Al Diablo las cremas antiarrugas y el perfume francés que usaba desde que era adolescente. Un *splash* tendrá que hacer el papel del *Diorissimo* que ya no puede comprarse, como cuando era soltera. Los ocho vasos de agua al día va a tener que tomárselos con la boca abierta bajo la ducha, mientras enjabona sus curvas cansadas. Comer ensalada y tuna hasta el hartazgo. No contenta con todo esto, tiene que ser una amante como esas que salen en las novelas. E innovar en la cama, porque, pues el matrimonio necesita chispa, sino se vuelve un Polo Norte y en la calle las otras mujeres adoran meterse con tipos casados con esposas cansadas.

Y están los demás. La otra gente que también forma parte de la vida de Adela, y que que tiene en el olvido. Sus padres allá tan lejos en el “interior”. Son al menos 5 horas en carro. Y el pasaje de avión te sale más caro que ir a Miami. Tus hermanos con sus rollos personales. Roberto se quedó sin trabajo a los 42 y no puede tener hijos. Y su hermana Vanessa anda pidiendo pintas de sangre para la operación de su hijita. Otra vez. Su mejor amiga es amante de un hombre casado y ya se te acabaron los consejos para que aspire a algo mejor. Ese tipo jamás va a dejar a la esposa. Todos quieren contar con ella. Y es bueno que no se olviden de uno a pesar de lo complicado que se volvió vivir en Ciudad de Panamá.

Mientras empaca el arroz con carne y tajadas de plátano maduro —como le encantan a Héctor— para mañana, Adela hace un alto y se da cuenta de que eso no es vida. Al menos no la que soñó. Es una cadena de momentos esperando ser feliz. Han pasado los años y esto no era lo que se imaginaba. Héctor es un buen hombre y sus hijos tienen salud. Pero éste no era el sueño. Si tan solo tuviera las agallas de mandar todo al carajo y tratar de emprender una nueva vida, con sus propias condiciones, en lugar de las de unos jefes que se la pasan de crucero por el Egeo o pasando el *summer* gringo en Bali y que de a vaina se saben su nombre.

No es la primera vez que esa idea la ataca a Adela en la soledad de la cocina. Pero es la primera vez que siente que los ojos se le llenan de lágrimas de la vida real. “Si tan solo tuviera el valor. Irme para Chiriquí. Vender lo poco que tenemos acá y comenzar de nuevo...” Y se da cuenta de que ha contraído una idea virulenta, que o se hace realidad o le va a carcomer el cerebro desde la nuca hasta las cejas. Aún no se atreve a decirlo en voz alta, porque ni ella misma se lo cree. Pero el virus se ha inoculado en su sangre y no puede hacer otra cosa que tirar números y pensar en cómo decírselo a Héctor. Meterlo a bordo de ese barco y ver qué hacen cuando llegan a ese puerto.

Tendrían que buscarse un trabajo. Comprar una casa. Empezar de cero, pero en una ciudad mucho



más pequeña. Era un riesgo. Sus trabajos pagaban las cuentas. ¿Estaría despreciando las bendiciones que había recibido de Dios, por ambiciosa? Pero, ¿y sus sueños? ¿Por qué Dios te deja soñar con otras vidas?

Suena bonito. Adela casi está sonriendo. Se está creyendo su nuevo proyecto. Y sabe que todo le va a resultar, con un poquito de organización y fe. Se imagina sus castillos en el aire. Prácticamente puede verlos y decidir de qué color va a pintar las paredes de los cuartos de los niños. Hay que tomarle fotos a cada habitación de la casa para ponerla en OLX o Encuentra 24. ¡Qué emoción! Sí se puede.

Pero en una semana más, Adela se dará cuenta que su período de reloj suizo no le habrá llegado como de costumbre. Después de otra semana confirmará su sospecha, y al llamar al consultorio del ginecólogo en *cuasi-histeria* y pedir una cita *cuanto-antes*, y someterse al frío escrutinio del ultrasonido, el Doctor Torres le dirá que las *Salping* no son cien por ciento efectivas, que eso podía pasar. Que existe un pequeño número de casos en los que la trompa se recanaliza y el espermatozoide pasa a través y fecunda al óvulo. “Pero ánimo, aún eres joven Adelita. Sonríe. Vas a ser mamá otra vez. Y todo se ve perfecto.” De nada le servirán la negación, el llanto y la desesperación. Pero no podrá evitar sentirse como una quinceañera que *metió la pata*. Sentirse devastada. Sentir que hizo algo mal.

Solo entonces le dirá a Héctor que están esperando un bebé, y él le dirá “*Pero-si-tú-te-operaste-cuando-nació-Rosita*”. Luego de unos diez minutos de cuestionamientos, gesticulaciones, *no-puede-ser* y manoteos, Héctor le tocará el cabello a su Adela con ternura, y le dirá que quizás la idea de renunciar ya no suena tan brillante como hace unos días. Al menos la firma le paga un seguro privado y el bebé podrá nacer en una clínica. Basta de llorar. El bebé puede sentir todo el estrés de la mamá. Mi bebé no se merece esto. Y como por arte de magia, Adela se dará cuenta que ya está pensando en el bienestar de esa personita. Y eso la tranquilizará. La hará sentir un poco mejor persona, y no la miserable egoísta que no se esperaba la noticia. Porque hay algo en la maternidad que desafía la lógica y el miedo. Y está el dicho que dice “Los niños traen su pan debajo del brazo”. Habrá que poner los sueños en *hold*. De nuevo. Porque la vida, no es una novela. La vida es como es.

Invisible

Los fuegos artificiales surcan el cielo de enero, como arañazos multicolores contra el negro

sideral del verano de Santiago. La brisa mueve los árboles del bosque y crea pequeños remolinos de hojas amarillas por las veredas de adoquines rojizos. Los muchachos entogados se abrazan. Los familiares aprietan bocinas escandalosas hasta que se les tapan los oídos. Ya son profesionales. Ya están listos para aspirar a mejores salarios, a sueños más grandes, a historias diferentes. Después de tantos sufrimientos, noches sin dormir, filtros, trabajos en grupo, profesores de esos que son unos desgraciados por el bien de los estudiantes. Después de tantas luchas, por fin saldrían al mercado laboral a recoger los frutos de su educación.

Lida toma una, dos, tres, cuatro, cinco fotografías de los fuegos artificiales y de los cuadritos de confeti de papel metálico una pulgada por una pulgada que vuelan entre los graduandos. La banda toca una melodía que parece conocida. Quizás rock. Sí es rock, de Bon Jovi. La tuba gime y la batería le da piquetes al aire. Los chicos de la banda sudan bajo los reflectores. Los birretes vuelan. Ella también tuvo una noche como aquella. Hace muchos años ya. Iba a ser la dueña del mundo, así tenía que ser. Ella iba a hacer cosas diferentes con su vida.

Lida se graduó de abogada, ejerció en las mejores firmas del país, hizo banca de fideicomisos, sociedades anónimas, bienes raíces, estudió un postgrado en gerencia durante las noches y luego se inscribió en una maestría de arte y escritura creativa en el extranjero. Cuánto amaba estudiar. La abogacía le ofrecía oportunidades financieras, mientras que los estudios de postgrado le ayudarían a ejercer en el mundo del arte. Le habría encantado dedicarse a escribir y enseñar. Escribir ficción y enseñar literatura, arte o filosofía. Ser como J.K. Rowling y escribir novelas espectaculares, con miles de seguidores en todo el planeta rendidos a sus pies.

Al volver de la maestría, sacó su licencia de traductora pública autorizada y se preparó para hacer las mil y una cosas que había planeado.

Sin embargo, allí está, con su teléfono inteligente, mandando posts de *Instagram*, *Twitter* y *Facebook* a la cuenta oficial de la institución para la que trabaja. Hace un par de comentarios ingeniosos, busca un par de *likes*. Se asegura de usar un *hashtag* pegajoso y que las fotografías expresen la misión del Instituto Nacional de Estudios de Nanotecnología. Lida baja su teléfono para revisar y editar las fotografías y mientras lo hace, comienza a recordar las cosas que nunca pasaron. Jamás ganó más de 1,500 dólares después de graduarse. Eso no da margen para cumplir muchos sueños que digamos.

Han pasado 15 años. 15 años desde que nació su niño. 15 años desde que, en lugar de



empezar a escalar sin descanso por la loma laboral, tuvo que quedarse atrás, a propósito. Tuvo que hacerse invisible. Solo así pudo darle a su Andrés los cuidados que el pequeño necesitaba y mantenerse cotizando el Seguro. Andrés había nacido con un corazón lleno de asuntos pendientes. Intercomunicación entre ventrículos, soplo de ductus arterioso, Comunicación entre aurículas. Asuntos que sólo se resolverían con un bisturí, abriendo su pecho y haciendo bombear su sangre a través de máquinas muy sofisticadas, mientras el cirujano cardiovascular le remendaba el corazón a su niño. Desde el día 1, supo que su Andrés iba a necesitar varias operaciones. El Dr. De La Torre se lo dijo la misma tarde del nacimiento de Andrés. Los medicamentos eran lo de menos: Andresito necesitaba estar asegurado, porque ningún seguro privado iba a cubrirlo. A esos niños nadie en su sano juicio los asegura. Las operaciones que necesitó el niño fueron sumamente costosas, y a pesar de todo lo que la gente habla del Seguro Social, solo ellos le brindaron a su hijo lo que necesitó durante sus primeros años. Tenía que estar asegurada, al precio que fuera, pero no podía trabajar en el sistema de ponchar tarjeta de todos los funcionarios. Andresito iba a necesitar mucho de su mamá. Lida lo supo al estrecharlo entre sus brazos, mientras despertaba de la anestesia de la primera operación. El niño tenía tres meses. Iba a ser un camino agotador. Lida estaba tan asustada de perder a su pequeño que prometió a la Virgen dedicar su vida a su bebé.

El Instituto le dio una oportunidad. Un sueldo pequeño en su departamento de comunicaciones, unas funciones por definir, pero que tenían que ver con el mundo del Internet, que en pleno 2007 estaba cambiando hacia una nueva manera de hacer relaciones públicas. Desde luego que sus conocimientos de inglés eran un valor agregado. Ya le encontrarían algo. Lida lloró agradecida. Estuvo a punto de besar las manos del Director del Instituto.

Y comenzó a prepararse para su nuevo puesto. Llena de motivos y de proyectos. No había mucha información en ese entonces. Tenía que alimentar las redes sociales, un trabajo que en ese momento era casi desconocido. Podía hacerlo desde su casa, pero tenía que estar disponible todo el tiempo. A Lida se le encendieron los ojos, y no pudo decir que no. Después de que Andrés naciera, no se había atrevido a pensar en una oportunidad como aquella.

A los cuatro años, Andrés le preguntó a Lida:

–Mami, ¿por qué Dios me dio un corazón dañado?

Lida se enfureció y abrazó a Andrés contra su pecho. ¿Cómo iba a contestarle esa pregunta que tantas

veces se había hecho ella misma? ¿Cómo entender el plan absurdo de Dios? Ella habría dado lo que fuera por darle su propio corazón y evitarle tanto sufrimiento a su pequeñito.

Hoy, Andresito está fuera de peligro y ha avanzado muchísimo. Lida solo puede estar agradecida, le dieron la oportunidad que necesitaba en el momento en que la necesitaba.

Pero su orgullo, aquel ego de intelectual que siempre la hizo sobresalir, le hacía sentir el amargo sabor de la frustración profesional. Tanto así que le dolía el corazón, físicamente se sentía enferma, de pensar que su vida profesional se había vuelto una broma de mal gusto. Trataba de no sentir envidia y ser humilde. Pero era por el gusto. Aunque sabía que había hecho lo correcto, no podía evitar recordar la brillante sustentación de su tesis de grado y de su disertación de la Maestría que con tantos esfuerzos se pudo pagar. Los años de estudio e investigación.

Y despertaba a su realidad. En su trabajo, la clave era pasar desapercibida. Tenía que vestirse modestamente a propósito, para no llamar la atención ni despertar celos de sus compañeros. Usaba un moño en lo alto de la cabeza, nunca se maquillaba ni usaba zapatos altos. No se pintaba las uñas ni causaba problemas. Acataba las órdenes superiores con humildad y sencillez. De espaldas por las esquinas. La cabeza baja. Ni siquiera se atrevía a proponer ideas brillantes, por miedo a que la persona equivocada se sintiera aludida y se fijara en sus privilegios y decidiera que era demasiado para ella. A veces fantaseaba con que alguien influyente tomaría su currículum de entre una pila de papeles y en verdad lo leería con atención. Que se dieran cuenta de que era una escritora talentosa, capaz de pintar emociones y conectar con las audiencias. Que dijeran “mira el potencial de esta muchacha, deberíamos aprovechar un perfil como el suyo”. Era tan creativa. Escribir para ella era como cortar mantequilla con un cuchillo caliente. Era muy talentosa. Pero ya no tenía 30 años, ni toda una vida por delante.

Ya era muy tarde para todo eso. A todos nos toca una cantidad limitada de milagros, y Andrés había necesitado todos los milagros disponibles para Lida a sus 45 años. Su tiempo de escalar y brillar, ya había terminado. No podía quejarse. Andresito salía adelante. Era un excelente alumno y un niño bueno. Y uno aspira a que los hijos sean buenos y decentes. En su última visita al médico, el Dr. De La Torre les había anunciado que habría que revisar ese corazón anualmente pero que estaba casi seguro de que nunca más tendrían que operarlo. “¡Es hora de vivir! ¡Sin miedo!” Lida y Andrés se abrazaron. Lida tenía los ojos llenos de lágrimas y el alma aliviada. Al fin su niño viviría una vida sin el terror de la furosemida, el balance hídrico, ni la presión pulmonar. Andrés estaba fuera de ese peligro desesperante que había hecho una sombra sobre sus vidas desde el día que nació, con grandes dificultades para



respirar y una legión de doctores haciendo sus diagnósticos.

Lida observa el reloj. La batería de su celular está al 1%. Justo a tiempo. La carga duró toda la graduación. Es hora de irse a casa porque la señora que la ayuda con Andrés también tiene que irse a dormir. A Lida le toca vivir la vida que le salió en la ruleta: en paz y sin atormentarse por todo lo que hubiera podido ser.

La suerte de la fea

En el camerino de a lado, la maquillista empolva la cara grasienta del alcalde en ejercicio, que corre para su tercer período en el Concejo. Luego de diez años en la alcaldía, Rafael Duarte podría considerarse un veterano de la política. Muchas rayas para el tigre. Titulado en de Abogado en la Nacional. Se la pasó haciendo pollas para quedar con los profesores más jamones de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Cerró calles, tiró piedras y le prendió velas a Marx y a Lenin. Si estornuda, probablemente un botón de su camisa podría salir disparado y sacarle el ojo al camarógrafo que montado en su grúa hace paneos buscando los mejores ángulos de los candidatos. Su nariz aguileña, su cabello blanco, sus ojos pequeños y su hablar campechano. “Me debo a mis bases” diría continuamente, mientras los periodistas apócrifos le lanzan todo tipo de preguntas irrelevantes. El tipo es un verdadero sobreviviente de la política criolla. Ha estado en todos los partidos. Siempre en la papa, obviamente. Sus enemigos lo insultan y le dicen ladrón y coimero. Pero “nunca han podido probarle nada”, como contesta a todo aquel que se atreva a preguntarle sobre sus expedientes. Su insulsa esposa lo apoya incondicionalmente, a pesar de que cualquier ciudadano mínimamente ilustrado puede llamar con nombre propio a la amante oficial. Sí, “oficial”, porque extraoficiales hay varias en rotación de inventario.

Duarte es famoso por la utilización de fondos de administración en donativos para los barrios pobres del electorado. Patrocina todo lo que le pidan, desde un uniforme de softball hasta una hoja de zinc para el techo de una casa precarista. Su planilla de “asesores” es un interminable desfile de

botellas, y todos saben que el alcalde les pide una cuota de sus salarios “para seguir haciendo el bien al pueblo”.

Sofía se mira al espejo de los camerinos, enmarcada en bombillos de luz blanca, como en las películas. Se acomoda el cabello largo y ondulado. Verifica su maquillaje antes de salir al debate y le gusta lo que ve. Un cuerpo entrenado y un traje adecuado. Azul naval con líneas grises, casi imperceptibles. Sus labios voluptuosos en rojo oscuro mate. Delineador negro con algo de brillo enmarcando sus hermosos ojos almendrados. La belleza de su rostro y la personalidad de Sofía hacían que se adueñara de cualquiera habitación en la que entrara. En breve iniciará el debate y ella no podría estar más preparada para confrontar a su adversario en política. Había sido una larga carrera hacia la alcaldía del distrito. Era su sueño desde que salió de la universidad y desde que lo quería había tratado de dirigir sus esfuerzos a conseguirlo. Cuando le preguntaban cuál era su motivación para luchar por la alcaldía, Sofía le regalaba su gran sonrisa al reportero diciendo “Porque amo a esta ciudad”. Y todos se derretían por su franqueza e inteligencia. Era joven, enérgica y decidida. Si alguien podía arrebatarse el trono a Rafael Duarte, ésa era Sofía Hernández.

Se había especializado en Ciencias Políticas y graduado con honores. Luego había estudiado un segundo título en Psicología de los Mercados. Sabía lo que movía a las masas, lo que las hacía vibrar y conectarse. Tenía un Diplomado en Finanzas públicas y cuando se hablaba de producto interno bruto e índice de crecimiento, ella sabía cómo mandar a su adversario contra las cuerdas. Unas piernas gruesas y torneadas, adornadas por una que otra cicatriz deportiva la hacían ver vulnerable y real. Su manejo político era exquisito y no cometía errores. No tenía deudas políticas ni colas de paja en su vida profesional.

Soltera y sin hijos, era reconocida por su trabajo comunitario y sus iniciativas sociales. Ha sido servidora pública y es la primera vez que aspira a un puesto de elección popular. Nunca ha estado comprometida con el ideario del partido político que la ha postulado, pero es un mal necesario si tienes aspiraciones de cambiar tu entorno.

Sofía sonríe frente al espejo. “Mi carrera ha sido mi prioridad. Me he preparado para servir a mi ciudad y espero que ustedes apoyen mi plan de gobierno”. Es sin dudas la sonrisa de una ganadora. Serena y confiable. La sonrisa de quien sabe lo que vale y no necesita de la confirmación externa. Los reflectores bailan sobre el escenario y los asistentes reciben instrucciones de aplaudir según lo



solicite la producción. Los podios están en lugares opuestos del escenario y tras la cuenta regresiva, Sofía empieza a caminar con seguridad hacia su posición a la mano derecha del auditorio. Saluda con elegancia, como si fuera de la realeza. Duarte se dirige hacia el lado izquierdo del auditorio. Tiene una sonrisa descarada, una vibra extraña. Luce desaliñado y cansado, pero no se ve preocupado. Se agarra ambas manos y las eleva sobre su cabeza, en señal de triunfo.

Comienzan las preguntas. Es tan diferente el desempeño de los candidatos. Duarte no para de citar el poder de Dios y sus muchas y buenas obras pagando operaciones, comprando trofeos y haciendo ferias libres, mientras Sofía desgrana los muchos planes de desarrollo para la ciudad. Aceras, urbanismo, desarrollo peatonal, sanidad, apoyo a las escuelas, diversidad, expresión cultural, apoyo a artistas y artesanos. Ferias culturales, festivales ciudadanos, planes de estudios dirigidos luego de clases, cine popular, reutilización de la basura, espacios verdes, permisos de ocupación. Una ciudad amigable en la que cada quien tenga su espacio.

Duarte ríe con sorna y llama “fantasías irrealizables” a los planes de Sofía. Dice que él sí conoce al pueblo. Que sus electores saben quién es. Que las verdaderas necesidades de la ciudad son ajenas a una mujer que nunca ha conocido la pobreza. Que él viene de abajo y que habla el idioma de la “humildad”—para él humildad no es un rasgo del carácter. Humildad es pobreza y punto—. Que el Señor lo ha dirigido y que pretende seguir dándole a su ciudad lo que merece. Que su lealtad al pueblo ha sido probada. Que la “licenciada”, entre comillas porque lo dice con ironía y desprecio, es una mujer refrigerada, con la cabeza en las nubes y nada de experiencia. Cada cierto tiempo Rafael Duarte consulta a su celular, como a la espera de un mensaje importante.

El equipo de Sofía Hernández monitorea las redes sociales y las impresiones de la gente que ve el debate desde casa, por Facebook Live o por Periscope. La retroalimentación es buenísima y así se lo hacen saber a Sofía desde el público asistente al foro.

Ella espera su turno para contestar a las preguntas, mientras Duarte la interrumpe con argumentos descalificadores o con risas irónicas mientras se toca la corbata con su nudo malhecho y se ríe de la candidata como si fuera una niña.

“La *licenciada* Hernández no conoce la vida en familia, no tiene hijos y no sabe lo que es luchar por sacar una casa adelante. Es fácil para ella pintarles de lindos colores situaciones que no conoce. Si llegara a ocupar mi cargo en la Alcaldía, se daría de frente con las realidades de nuestra gente pobre.” Siempre diciendo “licenciada” con sorna, como si Sofía se hubiera encontrado el título en una caja de

Cracker Jack.

Sofía ignora la falta de modales del Alcalde y lo reta a debatir con propuestas. Pero Duarte no deja de decir frases prefabricadas y demeritar la carrera y los conocimientos de la aspirante a Alcaldesa.

De repente Rafael Duarte mira a su celular y sonríe con maldad. Parece que ha llegado lo que tanto esperaba.

— Conciudadanooooooooos, ya ustedes conocen mi trayectoria (pausa dramática), de la cual no les cabe la menor duda. No importan los ataques de mis rivales, porque yo me debo a mi ciudad. En cambio, la candidata Hernández es una recién llegada, sin idea de cómo dirigir una ciudad. Yo soy un hombre de familia y quiero para mi ciudad lo que quiero para mis hijos. Y si hay algo que no quiero para mis hijos es una alcaldesa que no tiene ninguna vergüenza ni respeto por su electorado. No quiero una mujer sin principios morales y sin recato en la máxima silla de la ciudad”.

Mientras decía estas últimas frases elevaba el tono y gesticulaba como un poseído.

—Ante todos ustedes me atrevo a quitar la máscara a una mujer que sólo traería malos ejemplos a nuestras jóvenes y niñas.

Sofía Hernández comenzaba a cansarse del discurso de barricada del Alcalde, pero ante todo sabía que no podía perder la vertical de su carácter por las provocaciones de Duarte. Pero él seguía arengando descréditos hacia la candidata, con una seguridad que crecía a cada segundo que seguía escupiendo acusaciones frente al micrófono.

— ...y como yo soy un hombre íntegro, que se debe a su ciudad, vengo hoy, con pruebas concretas, a revelar ante ustedes quién es Sofía Hernández, de una vez y para siempre. Estoy seguro que una vez hayan visto lo que yo he visto (otra pausa dramática), no dudarán ni un momento en volver a dignificar a mi humilde personaaaaaa, con el voto para presidir el Concejo Municipal desde la Alcaldía del Distritoooooo.

En ese momento cúspide de su perorata, el Alcalde agarra su iPhone X en la mano izquierda, la misma que está engalanada con un Rolex de imitación y una esclava de oro.

—Le solicito encarecidamente a la producción que tome un primer plano de mi teléfono celular” — dice Duarte con tono triunfal y algo ofendido.

El camarógrafo principal gira la cabeza hacia el asistente de producción, quien a su vez voltea a



mirar al jefe de producción quien coloca el puño izquierdo frente a su boca. “Esto es televisión en vivo. Si no lo paso yo, alguien más lo va a pasar” piensa el Jefe de producción y luego de una mini batalla con su conciencia señala al asistente con el dedo índice de su mano derecha en franca señal de proceder. El asistente corre hacia el camarógrafo moviendo la cabeza de arriba abajo varias veces. El camarógrafo dispara hacia la mano del Alcalde y saca un *zoom* de la pantalla del teléfono.

Y en ese momento, en miles de hogares, pantallas de computadora y teléfonos celulares, sale la fotografía a colores de una muy joven Sofía Hernández, modelando un corpiño de lencería delicada en encaje de color marfil. Es una fotografía de inmejorable resolución, en la que Sofía sale de cuerpo entero, descalza y mirando a la cámara con coquetería.

Sofía trata de dominar la situación lo mejor que puede. No por vergüenza, sino porque ha recibido un golpe bajo el cinturón en televisión nacional. Todos sus proyectos, sus estudios, sus logros, sus horas de trabajo incansable para diseñar una ciudad con sitio para todos, se van a ser medidos por esa fotografía desde ese momento en adelante. Y para siempre.

Un instante en el tiempo. Una fotografía profesional, de buen gusto.

Podía ponerse a la altura del Alcalde. Podía justificar que las fotos son artísticas y que le habían ayudado a pagar deudas universitarias y a sacar su carrera adelante. Que no estaba mal aprovechar una oportunidad de trabajo digno para seguir adelante. Que no era una chica mimada. Que nunca había conocido a su padre y que su madre había hecho lo imposible por sacarla adelante. Que una mujer era más que un cuerpo o una decisión. Que tenía muchas dimensiones y estaba orgullosa de sí misma. Podía hacer cualquier tipo de intento para salir de aquel traspies, pero ya los votantes no la estaban escuchando. Para ellos no era ni siquiera una modelo de lencería. Era simplemente una mujer sacando ventaja de su cuerpo. Ni los grados universitarios ni los logros de sus cuarenta años de vida ciudadana contaban en ese momento. Solo la sonrisa triunfal de su oponente. La tecnología que no deja que el pasado sea pasado. El amarillismo y el morbo. Esa sociedad que no perdona a las mujeres...

Sofía no estaba avergonzada. No le daba la espalda a la Sofía de hacía 18 años. A la chiquilla que quería una oportunidad por sí misma. A la *peleíta* que había aceptado una excelente paga por modelar ropa interior para una revista publicada en Argentina, porque la beca que se había ganado no alcanzaba para pagar las cuentas de la familia. Había llegado hasta allí con esfuerzo y trabajo, sin influencias ni padrinos. Haciendo mucho más de lo que se esperaba de ella. Trabajando horas extra que nadie le iba a pagar. Trabajando con amor y con vocación. Con ganas de hacer la diferencia.

Sofía lucha con las lágrimas que se asoman a sus ojos. Maldito Duarte y su campaña sucia. Malditos los sicofantes que no descansaron hasta obtener algo con lo que ponerla en entredicho. Respiró profundo y trató de controlar los nervios. La política no es para débiles, se decía a sí misma para darse valor para terminar el debate.

Al día siguiente sería la portada y la página central del periódico amarillista de mayor circulación. Las empresas que habían decidido apoyarla, le retirarían su patrocinio discretamente. Sus seguidores trataron de mantener el discurso de la mente amplia y la inocencia de un par de fotos sin importancia. Pero todo fue por el gusto. El día de las elecciones, el Alcalde ganó por un margen nada despreciable. Y los sueños colectivos de una mejor ciudad, limpia, incluyente, sostenible, amigable, se fueron por el desagüe. Sofía Hernández era mucho más que un buen cuerpo, de cabello sedoso y facciones hermosas. Era una mujer llena de motivos y aspiraciones. Duarte no dudó en utilizar su belleza en su contra y esperó el momento ideal para sacarle los papeles. O las fotos, en este caso. El fin justificó los medios. Sofía nunca debió olvidar que una mujer necesita hacer el doble que un hombre, para que parezca que hizo la mitad. Aún en pleno siglo XXI.

Viceversa

Genaro Sánchez, 19 años, 125 libras, barba de un mes, ojos pardos, largas pestañas, en jeans desteñidos, *Converse* negras y camiseta de la Selección Nacional de Fútbol, camina por la acera, frente a un edificio en construcción. Es camino obligado para llegar a la parada de Metrobus. No le queda de otra.

— Vaya papi, tú sí *tas* bueno.

—Psssssssst... ¿*tás* bravo mi amor?

—Papacito hazme un hijo.

—*To'eso* es tuyo y *na'* pa mí.

—Contigo hasta el metal, *chichí*.



Pero él ya está acostumbrado. Es tan incómodo. Los piropos de las trabajadoras de la construcción se recrudecen y Genaro aprieta el paso mientras agarra su mochila con ambas manos en vez de llevarla al hombro. Es lo mismo todos los días. Juan Carlos lo espera en la esquina y lo hace sentir un poco más seguro. Juntos cruzan la calle por la línea de seguridad para ubicarse en la parada de bus, rumbo a la Universidad. Ambos estudian Diseño Gráfico en la Facultad de Arquitectura. Algún día tendrán carro y no tendrán que aguantar los piropos indeseados en la calle.

—Chuleta, Juanca, ayer me monté en un Uber porque iba tardísimo a la U, y la conductora no dejaba de mirarme la entrepierna por el retrovisor. Me ofreció agua, pero me dio miedo de que le hubiera puesto algo. Hay que ser muy desconfiado. Luego me estuvo chateando y me mandó una foto de sus pechos, *Manito*, lo que uno se tiene que aguantar...

Mientras esperan en la parada ambos reciben un par de silbidos más desde los taxis amarillos al otro lado de la calle. Mujeres de cuarenta y tantos les pitán para llamar la atención. Ellos fingen que no se dan cuenta. En el edificio que se alza frente a ellos, hay una publicidad de relojes con un modelo de torso desnudo con las manos tras la espalda, como encadenado por hermosos Tissot y una leyenda “Prisionero del tiempo”

—Ignóralos, dice Juan Carlos, ya casi llega el Metrobus.

La conductora se detiene y mientras los chicos pasan las tarjetas de cobro, la mujer los escanea de arriba abajo, diciendo “Adelante mis reyes”. Luego grita “Me le dan un asiento a este par de pastelitos, por favorrr” —.

Ambos caminan hacia el interior del bus, e inmediatamente dos mujeres se ponen de pie para cederles los asientos. Los chicos se sientan en hileras continuas, pero la chica que le dio el puesto a Genaro se coloca frente a él haciendo que su minifalda casi le roce la cara. Instintivamente, Genaro coloca su mochila entre su cara y la pelvis de la muchacha. A Juan Carlos una abuelita le está babeando el hombro en el puesto del otro lado del pasillo y a él le da un poco de lástima quitarse. Es cosa de todos los días. Hay que aprender a vivir con eso.

Durante el trayecto Juan Carlos hojea un ejemplar de la *Crítica* que la señora que le dio el puesto ha dejado sobre el asiento. La portada es “Se prendió el rancho: mujer enciende la casa en donde su exnovio se ha mudado con los dos hijos de la pareja”. “Nos están matando y nadie hace nada”, piensa el joven, mientras asqueado ve un poster de *Maluma* semi desnudo y con un collar de

perro en el ombligo del periódico.

Cuando piden parada en la estación de la Iglesia del Carmen tratan de bajar rápidamente, pero Genaro no puede escapar de que la mujer que le cedió el puesto “accidentalmente” le roce la espalda con sus pechos. Genaro suspira y baja del bus. No tiene tiempo ni ganas de armar una escena. En la parada le da la mano a un papá que sube con su bebé recién nacido envuelto en una sabanita azul. Seguro es una niña.

—Adiós bellezasssss, se despide la conductora del Metrobus, y continúa su monótono ir y venir por la ciudad.

Juan Carlos y Genaro ni siquiera se quejan. Nada sirve de nada. Solo pueden apresurarse a llegar a la U. Allí los hombres están razonablemente a salvo. Pero eso es relativo.

Al llegar al lobby de Arquitectura se encuentran a Rómulo y a Ricardo. Rómulo llora desconsolado y Ricardo trata de calmarlo.

—“Ey bro, cálmate, ¿qué pasa?” le pregunta Genaro. “¿Te podemos ayudar?” —Cha, man, es la profesora Virginia López. Me ha dicho que si me interesa pasar Dibujo Comercial, tengo que salir con ella. Sabe que estoy *quedao*’.

—Áyala bestia, fren. Qué problema. Pero *chilea*, ¿y si lo denuncias con la Decana? Ella es bien buena gente. Es mamá de cinco hijos varones. Ella te va a entender.

—Bro, para cuando eso se resuelva ya todos se van a haber graduado. Y yo por ahí llorando como un pendejo. Qué va manito, yo mejor la repito el año que viene. Porque esa doña ni es. ¡Vieja verde!, conmigo se va a joder—, contestó Rómulo entre llanto. El suyo no era una *ñañequería*, era un llanto de impotencia y de asco. De resignación. Del que sabe que es víctima de una injusticia y que se la va a tener que aguantar.

—(Sollozo de Rómulo) *Chucha*, yo sabía esa *vaina*, *awebao*, desde que entré al *fokin* salón. La doña me desvistió con la mirada. Una descarada. Qué vaina más incómoda. Parecía que nunca había visto a un hombre en su vida. —Rómulo se restriega la nariz con el antebrazo y se lleva la mano a la frente. —¡Qué situación más cabreante!

—Bueno Rómulo, si ya decidiste que no vas a hacer nada, tú tranquilo que esa materia no te va a parar ninguna otra. La vuelves a matricular, y punto—, le dice Genaro alzando los hombros, como



quién dice ¡ni modo! —Tú, *pa'lante, fren*. A todos nos pasan esas cosas y aquí estamos.

Ricardo y Juan Carlos se van juntos a la cafetería, en donde los señores mayores con redecillas en la cabeza y uniformes rosa pálido les sirven sendos platos de salchichas guisadas con hojaldras y café. El clásico desayuno universitario. El cajero les dice “Buenos días” con mucho respeto, recibe sus pagos en efectivo y les da su vuelto. “Suerte muchachos” les dice al despedirse, con sonrisa bonachona.

En “La perspectiva”, la Cafetería de la Facultad de Arquitectura, hay varias pantallas de televisión encendidas con diferentes canales que pasan las noticias matutinas, de seis a nueve de la mañana. Las anfitrionas de los programas visten sacos y pantalones holgados y disparan preguntas con sal y pimienta a los invitados. Los periodistas que leen las noticias llevan camisas de colores pasteles. En tiempo de Mundial, también están pasando uno que otro partido desde Rusia tempranito. Las comentaristas de deportes se extienden en sus apreciaciones sobre los partidos de la fecha anterior, en la cual Panamá empató milagrosamente con Inglaterra, y el golazo inesperado de Amanda “*La Negrita*” Jones, venciendo todos los pronósticos de humillación indudable frente a la oncenada de experimentadas futbolistas de cabellos rubios y *shoot* impresionante.

En la pantalla que da a la salida, la periodista Alana Alvarado del canal 12, tiene una exclusiva con la presidenta de la República, —que da muy pocas entrevistas en vivo— quien está proponiendo dos perfiles de abogados sobresalientes como aspirantes a la alta Magistratura de la Corte Suprema de Justicia. Maestrías en Harvard, amplia trayectoria en fiscalías y tribunales. Federico Silvera y Juan Fernando Palacios Arias. Trayectorias impecables, currículums sólidos e intachables. Dos hombres que tendrían que ser ratificados por una Asamblea avasalladoramente controlada por diputadas. La verdad sería refrescante que dos abogados puedan llegar a esos puestos, pero va a tener que haber una negociación, la gobernabilidad está en juego, pues el Ejecutivo ya intentó llenar esas posiciones anteriormente con otros dos hombres y no hubo humo blanco. Las otras siete magistradas son mujeres, por lo que la propuesta presidencial es muy interesante desde el punto de vista de la paridad.

En el canal 34, el Ministro de Desarrollo y Bienestar Social, Saúl Gómez Landa—único hombre del Gabinete de la Presidenta Natalia Porras De Obaldía, habla de la necesidad de ser más enérgicos a la hora de hacer que las madres asuman el pago de las pensiones alimenticias de sus hijos a tiempo y aboga por penas de cárcel y severos embargos hasta a los abuelos maternos de ser necesario, para las mujeres que abandonen sus deberes maternos y no brinden apoyo a los padres, que crían y cuidan de sus hijos, quedándose en casa cuando es necesario. Al mismo tiempo, está proponiendo una ley que

extienda la licencia de paternidad por tres meses más al menos, pues es un hecho que el recién nacido necesita del contacto con su padre durante los cruciales primeros meses de vida, en una sociedad en la que la mujer devenga salarios más altos, y es costumbre que vuelva a trabajar tan pronto se recupere del alumbramiento.

Juan Carlos y Genaro, llevan sus bandejas a la pila de enseres sucios, toman sus mochilas y van a clases.

La primera hora es de “Diseño de Imagen y Marcas”, con la profesora Gretta Aramburú. Una eminencia en la materia. Con una hermosa cabellera plateada, sus lentes de pasta y un traje impecable, dirige la clase como si fuera una jefa militar. Los estudiantes la respetan. Tiene unos 60 años y se ha ganado todos los premios que un Publicista puede ganar en Centroamérica y el Caribe. Junto a Sonia Santamaría es la socia fundadora de *S & A Connection*, la publicitaria más grande e influyente del país. Es una costumbre que sus mejores estudiantes de cada semestre reciban la oportunidad de hacer pasantías en su firma publicitaria hasta el final de sus carreras. A Genaro y a Juan Carlos se les sale la baba por poder aspirar a uno de esos puestos, pero es sumamente difícil para los chicos. En clase, solo las mujeres llevan chance de participar y sobresalir. Les dan los mejores proyectos, solo las chicas contestan cuando todos alzan la mano. Pareciera que el hecho de ser hombre es una descalificación total para los codiciados puestos. Alicia Chambers y Serena Ubianey parecen ser las favoritas de este año. Pero los *pelaos* no se dan por vencidos y dan lo mejor de sí en cada clase, porque soñar es gratis. Y eso no se los pueden quitar.

Antes de salir de la Universidad le pregunta a Juan Carlos si le gustaría ir a almorzar a su casa, pero Juan Carlos se excusa diciendo que tiene una cita más tarde. Genaro le sonrío. Hace meses que su amigo anda en alguna vuelta misteriosa, y no quiere soltar prenda sobre su amor clandestino.

Genaro vuelve a su casa inspiradísimo. Poder dar clases con Gretta Aramburú, es de por sí una bendición. En su casa, su padre lo espera con comida caliente. Su favorita. Lasaña de vegetales en salsa bechamel, un beso en la mejilla y un fuerte abrazo. Genaro padre es sastre y trabaja desde casa, mientras que su madre es jueza primera del Circuito. La casa está impecable, don Genaro se esmera en los detalles. Se ejercita diariamente y cuida de su alimentación de manera rigurosa. Genaro advierte que su padre está usando sus lentes de contacto se ha pintado las canas, que en la mañana cuando se despidieron presentaban algo de crecimiento. A don Genaro le gusta vestir bien a la hora de cenar y que todo sea perfecto cuando doña Elsa llega cansada y sin ánimo de nada. Que haya cervezas frías.



Que se sienta calor de hogar.

Genaro y su padre conversan de todo y de nada. Genaro le cuenta a su padre que hoy no ha visto a Alicia Chambers. No se la ha encontrado en ninguna de las clases que tienen juntos, por lo que el día no fue tan bueno, pero que igual la clase de la profesora Aramburú hizo que todo valiera la pena totalmente. ¡Qué mujer tan inteligente! Su padre lo mira con cariño tocándose el cabello, le pregunta si le gusta cómo le quedó el tinte. Genaro levanta el dedo pulgar, en señal de aprobación, le dice que le encantan las flores del comedor que la comida estaba deliciosa y se va a su cuarto para estudiar. Con Aramburú nunca se sabe. Quizás algún día lo tome en cuenta y haga que su historia dé un giro.

Desde el cuarto, Genaro escucha el teléfono. Parece que es Doña Elsa, para avisar a su esposo que se va a tomar unas cervezas con compañeras del trabajo. Que no la esperen despiertos. Genaro escucha a su padre despedirse con voz de desilusión. Le dice a doña Elsa que lo despierte cuando llega para calentarle la lasaña. Pero para ese entonces doña Elsa parece haber colgado el teléfono. Lo mismo de siempre.

Genaro sale del cuarto y le pregunta a su papá si se le antoja ver alguna película en Netflix. Don Genaro sonrío agradecido por la compañía y la propuesta y corre a la cocina a enfriar un par de cervezas y a hacer palomitas de maíz en el horno microondas. Mientras camina hacia la salita de la televisión, piensa que Genarito es un buen *pelao*. Tan diferente de su Ana Patricia. Su hija mayor, entra y sale de la casa como si fuera un hotel. Pura fiesta. Tuvo un bebé a los 19 años con su novio José Pablo, quien obviamente tiene la custodia de su niño y cuya pensión alimenticia tiene que pagar don Genaro, porque doña Elsa no lo quiere ni ver. Ana Patricia, de 30 años no trabaja, no se entiende de su hijo, no aporta nada a la casa de sus padres, y se la pasa de fiesta. José Pablo está comprometido con una doctora que adora al niño y está a punto de terminar su carrera de Derecho. Don Genaro sabe que una vez se case José Pablo, ya no va a ver muy seguido a su nietecito.

Cuando llevan como una hora de estar viendo la película, suena el celular de Don Genaro.

—Contesta tú—, le dice a Genarito.

—Sí, papá— dice Genaro, y corre a buscarlo.

En la pantalla sale el aviso de “Número desconocido”.

—¿Hablo con el señor Sánchez? — dice una mujer al otro lado de la línea.

—Sí, diga—, dijo Genaro con voz tranquila, para no molestar a su papá en caso de que fuera

alguien de telemarketing.

—Habla la detective Solís, de la Policía Técnica Judicial. Lamento llamarlo para informarle que la señora Elsa Sánchez ha sufrido un accidente y está grave en la urgencia de la Especializada. Deben venir cuanto antes.

Genaro cerró el teléfono y le dijo a su padre que tenían que salir inmediatamente. Cuando llegaron a la Especializada, ya todo había acabado. Solo quedaba reconocer el cuerpo de doña Elsa y el del joven de la edad de Genaro que iba con él en el carro, saliendo de un hospedaje de pago por hora. Al salir a la Transístmica, un camión cisterna de leche había arrastrado la *Fortuner* azul marino de doña Elsa varios metros antes de detenerse. El muchacho había muerto en el lugar del choque.

Cuando Genaro reconoció a su amigo Juan Carlos en la camilla adyacente a la de su madre en la morgue, con el cuerpo destrozado y la cara intacta, entendió la actitud sospechosa de su mejor amigo. Se tapó la cara con las manos y se permitió llorar a gritos. Su *pana* del alma y su madre. Y ahora ya no estarían más. No le quedaba ni siquiera con quién enfadarse... No había a quién reclamarle...

Don Genaro ni siquiera se dio por enterado. Hay cosas que los esposos saben y callan. Y no permitiría que nada empañara la memoria de su mujer, tan trabajadora y profesional, tan guapa y tan buena madre. Genaro y su padre trataron de evitar hablar del tema y pidieron discreción a la policía y a los padres de Juan Carlos. Guardaron todo en sus corazones y siguieron viviendo. Don Genaro, en la calma sin tranquilidad de la viudez y su hijo, sigue tratando de abrirse paso en una sociedad en la que a los hombres aún les quedaban muchas conquistas por la tan ansiada igualdad. Así lo habría querido su madre.



SEGUNDO LUGAR

NUBES ROJAS

Nubes rojas

El tren con la carrera laboral de Gregoria se descarriló empezando enero. Faltando una hora para el fin de la jornada, le avisaron que fuera a la oficina de personal. Ella salvó el documento de su computadora y se encaminó hacia aquella parte de la empresa que estaba casi escondida en el gran edificio. En el trayecto saludó a todos como si fueran las ocho de la mañana. Su cabeza era un árbol frondoso de pensamientos positivos, como siempre.

La jefa de Personal pidió desde su despacho que le entregaran la carta.

—Señora Gregoria, su carta— le dice la recepcionista.

La carta, la carta, la carta, pensó Gregoria con el sobre en manos. El corazón se le aceleró como si fuera subiendo una cuesta y los ojos se le transformaron en un manantial. Antes de volver a la oficina pasó al baño.

Un minuto, cinco, diez, media hora... el reloj marcó las cinco de la tarde. Se secó las lágrimas y salió del sanitario. En la oficina solo estaba la jefa en su pecera de vidrio.

De una de sus gavetas sacó dos bolsas de las que regalan en el supermercado y las fue llenando con las pertenencias. Veinte años de trabajo no llenaron los dos cartuchos. De la computadora borró los archivos y guardó las fotos personales y familiares en una memoria portátil.

—Goyita, no te olvides de pasarme un archivo con los pendientes antes de irte— le gritó la jefa desde su pecera.

Ella pensó en entregárselo en persona y aprovechar la cercanía para apretarle el pescuezo como hacía con las gallinas que su abuela Goya le mandaba a matar. Desistió. No valía la pena.

—Se lo estoy enviando por correo— respondió, a sabiendas de que su cuenta de correo ya estaría bloqueada por los mandaderos del departamento de Sistemas.

—Hasta mañana— le dijo el guardia de seguridad, quien detrás de los lentes rebuscaba la vida de todos.

—Hasta mañana— respondió Gregoria y tomó el camino más largo para llegar a la parada de los autobuses. Subiendo la cuesta, le entraron ganas de tirarle las bolsas al primero que encontrara a su paso.

—Calma Gregoria, que no se te suba el Acevedo a la cabeza—, se repetía.

En la caseta, los pasajeros no cabían en la pequeña estructura. Ella se colocó detrás de todos, cerca del estacionamiento de una tienda que tiene dos tigres guardianes de cemento en la entrada. Desde ese punto nadie la miraba y ella miraba las espaldas de todos. Esperó cerca de media hora para que bajará aquella marea de trabajadores. En un Mañanitas -Vía España consiguió un asiento de la última fila. Por más lleno que fuera un autobús nadie se sentaba allí porque el motor queda abajo y se calientan como un horno.

Al cabo de hora y media, en el supermercado cerca de su casa, compró un pollo asado del tamaño de una codorniz y un envase de ensalada de papa fría. Preparó el arroz blanco y en veinte minutos la cena estuvo lista. La hija y la suegra no estaban. Se cambió de ropa, conectó el cordón eléctrico del arbolito de plástico que aromatizaba con aerosol y se sentó a la mesa. Del árbol frondoso de pensamientos positivos de la mañana ya no quedaban hojas y su rostro empezaba a agrietarse de la desazón.



Gregoria no era una empleada cualquiera, eso sentía ella. Era la que compraba banderas y decoraba la oficina en noviembre, el mes de la patria, era la que iba de puesto en puesto pidiendo ayuda para algún compañero enfermo y la que hablaba con el padre Andrés para la misa de aniversario de la compañía; esto, sin contar que buscaba donaciones, centavitos, para la Teletón. Estas actividades las cumplía en un escritorio viejo y una silla que tenía una pata más gastada que las demás. Más de una vez pidió a la jefa que le proporcionara mobiliario nuevo.

—No hay presupuesto— le contestó.

Gregoria no había faltado casi nunca, no se había hurtado ni un lápiz, no había insultado ni golpeado a nadie, y en los talleres de cuerda, que pagaba la empresa para potenciar las capacidades laborales, era la más diestra. No había motivos para el despido. Pero ‘la fueron’, como dicen los muchachos en la calle.

Al día siguiente, la señora de la pecera, así le llamaba a su jefa, comentó en la oficina que había logrado un mutuo acuerdo generoso para Goyita. Las compañeras rompieron en llanto como si hubiese muerto un familiar.

—Cálmense, cálmense, que Goyita tiene muchas cualidades que en esta oficina no estaba desarrollando— les dijo la señora con el semblante de quien se lleva algo sin permiso.

Como ocurre en estos casos, los comentarios por el despido centraron la atención de todos. La versión más disparatada se repetía en la cafetería. Contaban que se había llevado los fondos de la cooperativa de la empresa. Como sea verdad, la vamos a buscar por las greñas a su casa, decían los empleados furiosos que se encaminaron hacia la oficina de la cooperativa.

—No falta un centavo— respondió la secretaria a los furiosos invasores de su oficina.

Por las mañanas, Gregoria salía vestida como si fuera a trabajar. En un restaurante de Perejil compraba un café negro, una hojaldra *wantón* y hacía tiempo para hacer los mandados del día. Durante ese lapso hacía cuentas: ¿era factible pagar el préstamo que pidió para enterrar al tío taxista en el interior? El tío le había pedido eso y ella cumplió sin esperar nada a cambio. Desde que le diagnosticaron esa enfermedad, todos los hermanos lo apartaron. Ella lo llevaba a las citas y le compraba los medicamentos cuando no había en las farmacias del Estado. Era el único familiar que velaba por el enfermo quien ya no podía trabajar y tampoco encontraba cuarto para vivir: apenas se daban cuenta que tenía eso, lo echaban de las casas de alquiler.

El que paga lo que debe sabe lo que tiene; recordando este dicho de la abuela, canceló los tres mil dólares del entierro que aún debía. Al regreso del banco, de camino hacia un internet café, se detuvo en la mesita de los perfumes del señor con el pie de elefante. Compró tres muestras por tres dólares. Alquiló una computadora por dos horas. Como si tuviese todo el día para ello, fue escribiendo lo más importante de su vida laboral en la hoja del procesador de palabras. Si pongo que tengo 45 nadie me llamará, pensó y quitó la edad antes de mandar las impresiones: veinte juegos.

A la mañana siguiente, se ubicó en otro restaurante, a revisar la sección de clasificados de los diarios. A las empresas que estaban cerca les llevó el sobre amarillo con el documento y a las más distantes, lo enviaría por correo electrónico desde el internet café. En aquel ajeteo se tropieza con Chanita, que le comentó que con la liquidación se compró un panel y había montado un negocio de mensajería con la hija que estaba en la universidad. Se despidieron con la promesa de juntarse otra vez para darle soltura a la sinhuero.



Gregoria ocupó la tarde cotizando talleres de cuerda para especializarse como motivadora. Mientras le salía el trabajo se capacitaba; esto también le serviría para no tener que decir en la casa que la habían despedido. Sus jornadas de labor, le habían hecho imprescindible tal experiencia. Ahora no se hallaba sin ellas.

Dos empresas se interesaron por sus datos. En una, la entrevistaron y le dijeron que en los días siguientes la llamarían para indicarle la fecha de comienzo. De otra, la citaron en un hotel y cuando llegó había cincuenta jóvenes esperando para lo mismo. Después de escuchar una charla de inducción de dos horas, les explicaron el negocio: había que entregar una suma inicial de 150 dólares y vender una cuota mínima de perfumes.

La siguiente entrevista fue para una plaza de vendedora de productos para dieta. Al menos en esta charla había mujeres y hombres de todas las edades. —Ustedes pueden tener un carro como este (un último modelo), un apartamento como este— (mostraban fotos de ensueño), decía una mujer de acento extranjero desde un estrado brillante. Acá también se exigía una suma inicial y vender una cantidad de productos al mes. A finales de febrero la desesperación se convirtió en frustración. No voy a entregar ningún currículum más; suficiente con los 200 que he llevado, se dijo resuelta antes de lanzarse en la hamaca del portal. Del árbol frondoso de pensamientos positivos caía una fina lluvia de espinas y sentía cada una en la piel cuando se le enterraban.

...

Una vecina le dijo que la empresa donde ella trabajaba buscaba personal. Las dos mujeres se fueron el lunes, antes de las cinco de la mañana. Si te preguntan si has manejado armas, contestas que sí, le recomendó la vecina a Gregoria mientras iban en el bus.



El espacio destinado para la capacitación era una galera donde se disparaban con balas de mentira. Primero vamos a ver el pulso de cada una, indicó el instructor. Nadie lograba pegarle al objetivo. Imagínense que tienen enfrente al peor enemigo, a la persona que les ha hecho más daño en su vida, les aconsejó el instructor. El tablerito con los círculos, en la mente de Gregoria, se transformó en la pecera con la jefa pidiéndole cuentas hasta el último momento. Aunque cerró los ojos cuando sus dedos apretaron la pistola de mentira, el tiro fue directo al blanco. Hubo una ovación de las demás aspirantes a guardias de seguridad.

A Gregoria la destinaron a un restaurante de pollo frito que abre las 24 horas. En las mañanas salía con el uniforme en una bolsa porque le daba pena que la vieran vestida así. Se vestía en el baño. Se paraba a un lado de la puerta a mirar a todos lados. Más que por cuidar, le pagaban por mirar. Al final de la jornada, un supervisor le llevaba la lista para que la firmara y le pedía el arma. Allí trabajó dos meses y luego la trasladaron a una sucursal de banco. Por la misma paga tenía que meterse en la boca del lobo. Cuidar un local donde hasta un niño sabe que manejar plata tiene sus riesgos. Se sentía incómoda, desesperada aunque estuviera acompañada de otro guardia de seguridad y dos agentes de los verdes.

Ella pasaba el detector de metales a los clientes y el otro le abría la segunda puerta del banco. Estos protocolos se memorizan las vocales o las consonantes. Todo marchaba de maravilla hasta el día que vio a la señora de la pecera. Desde donde estaba como una estatua vio a la dama que conversaba con los dos agentes de verde afuera del banco. Cuando la señora se aproximó a ella para que le pasara el detector de metales, recordó el despido. Gregoria tenía el detector de metales en una mano y con la otra tocaba la cacha de la pistola.

La señora de la pecera vio el movimiento de las manos de su ex empleada y salió como una gallina culeca. —Auxilio, auxilio, auxilio— gritaba colgada del cuello de uno de los policías de verde. Todo el mundo se alteró, el alboroto había llegado hasta el vendedor



de periódicos del semáforo que puso la pila de diarios en la acera y se vino a mirar. Al poquito se escucharon como golpes secos; eran las detonaciones.

Gregoria se tumba en la hamaca del portal, cierra los ojos y escucha varios disparos. Las balas sonaron cerca, tan cerca que piensa que alguna ha entrado en su cuerpo. Siente algo espeso correrle por la barriga y bajarle por las costillas. Quiere tocar ese líquido, pero no puede mover los dedos, están engarrotados, como decía su abuela cuando los dedos se le endurecían como piedras de río. Siente dolor, un dolor que nunca antes había sentido. En realidad, ella nunca ha estado enferma de nada, recuerda que sus amigas de la oficina le decían que era de esas personas que el día que se enferman van a la tumba. La muerte le trae escalofríos. Siempre fue miedosa para estas cosas. En el campo nunca fue a los entierros porque lloraba más que los deudos del difunto. Ahora que saca cuenta al único entierro que ha ido fue al del tío taxista.

El dolor la aprieta como una plancha de concreto. El líquido le empapa la blusa y la falda. Sacar las manchas de sangre, piensa, es un dolor de cabeza cuando se dejan secar. Cuando alguien se cortaba en la casa la abuela dejaba esa ropa untada de sangre varios días en limón. Acá donde conseguirá limón si hasta hace poco una rica pintora se quejó del precio del limón. Ella hace unos años tenía un palo de limón en el patio; pero lo mandó a cortar por la mala fe de los vecinos que esperaban que ella diera la espalda y salían con cartuchos a cosechar cuando no recogían ni una hoja seca.

Hace otro intento en vano por mover los dedos y palparse el pecho. Siente que las fuerzas la están abandonando. ¿Cómo hará para vivir sin esas fuerzas que la llevaron a

matricularse en la facultad de Derecho de la universidad y a medirse de tú a tú con esos niños ricos que querían menospreciarla por ser una cuarentona que comenzaba una carrera? Ustedes a mí no me intimidan, pensaba ella cuando miraba ese comportamiento de esos chiquillos malcriados. En el salón todos somos iguales, se repetía. Denle gracias a Dios que sus padres siempre les han tenido los tres golpes servidos en la mesa para cuando quieran comer. En mis tiempos había que levantar muchas piedras para ganarse un real. A lo lejos escucha el ladrillo de un perro. Ojalá sea ‘la manchita’ y que se aparezca por la casa, la manchita era una cachorra tan despistada que tardaba días en merodear la casa. También oye a lo lejos una voz que sale de una bocina. Seguro es un vendedor de frutas o un comprador de chatarra de esos que andan con la ropa toda negra. Si la casa no estuviera en vereda esos hombres serían su salvación, piensa. Ellos al verla así bañada en sangre llamarían a la ambulancia o la llevarían ellos mismos en el asiento de adelante del carro al hospital del otro lado de la calle. Pero ellos no entrarán porque la vereda es muy estrecha. Cuando ella propuso a los vecinos que dieran un pedazo de sus terrenos para anchar la vereda, la tomaron como una estrafalaria. Por el contrario, los vecinos compraron alambre ciclón y lo enterraron más cerca de la vereda. El asunto es tan grave que una persona de esas anchitas de cuerpo no entrará por esa tripita que han dejado como pasadizo. Mi final está cerca, piensa. De poco sirvieron esos cinco años de estudios en la facultad. De poco sirvió que se esforzara tanto en demostrar que para ser la primera en el cuadro de honor no se necesita tener veinte años. De poco servirá que todos los *rialitos* que conseguía vendiendo comida en la construcción porque años ninguna empresa la llamó para darle un trabajo de ocho a cinco. Ahora necesita un alma caritativa que la lleve a un hospital. Ahora está en la misma condición del tío taxista, que ella lo cargaba como un niño para todos lados cuando hasta el personal del hospital, lo miraban como un despojo. En aquella travesía



dolorosa, en más de una ocasión escuchó al personal médico decir —y ese tan viejo tan pendejo que no sabe que existen los condones—. En la casa todos se han ido para Chiriquí. Ella quedó descansando en la hamaca después de regresar de vender las comidas en la construcción cercana cuando escuchó aquellos impactos. Su meta era ejercer de abogada laboral para ayudar a los trabajadores pobres que siempre son objeto de timos de los malos jefes. Las palabras recursos humanos le recuerdan la carta de despido. Tantos años después no logra saber por qué la despidieron así. Uno de los profesores le dijo que pusiera una demanda contra esa empresa; pero ella le contestó que no, que —el mundo da muchas vueltas y el pobre a veces está arriba y otras, abajo—. Nunca puso la demanda porque en el fondo de su corazón pensaba en volver a esa empresa. Recuerda ahora que el carro del tío se lo llevaron los familiares que nunca le dieron un vaso de agua y que tanto lo recriminaron por esa enfermedad. Ella debió ser más enérgica y exigir que le dieran ese carro porque ella fue quien pagó, con préstamo, el entierro. Trasladar a una persona muerta de la ciudad a las provincias no es barato, y no es que ella ahora esté arrepentida de haber cumplido con ese pedido del tío.

Siente que se va elevando. Siente que ya no está en la hamaca. Siente que su cuerpo es una pluma de gallina de esas que la abuela llamaba ‘arroz con frijol’. Siente que su misión terrenal ha terminado. Siente que dentro de poco se perderá entre las nubes, esas mismas nubes que la maestra de primer grado la mandaba a pintar y ella las pintaba de rojo y venía la maestra y le pedía que colocará las manitos sobre el brazo de la silla y con una regla paaa...y ella quedaba con las uñas rojas como las nubes que solo existían en su imaginación. La abuela Goya le decía que ese rojo le acompañaría el resto de la vida y que podía ser felicidad o desgracia.

— Como se lo digas a tu abuela mañana te repito la dosis—la amenazaba la maestra, y ella que no entendía qué significaba la palabra dosis se quedaba callada porque cualquier cosa con esa maestra se pagaba con sangre.

Las nubes, que en su mente siguen siendo rojas, son frescas, como el aire de la nevera. La palabra nevera le recuerda que no ha pagado la luz; que ella es la única del barrio que no está pegada a la telaraña para no pagar la luz. Por ese sentido de responsabilidad, los vecinos también la miran mal. Pensando en vecinos, nunca más ha sabido de la vecina que la llevó a la agencia de seguridad. Estará viva o algún maleante le habrá disparado solo para quitarle el arma. Si está muerta de seguro se encuentran en pocos minutos. La abuela le decía que los buenos iban al cielo y los malos a la paila caliente. Ella piensa que irá al cielo. La sola obra de caridad que hizo con el tío le tiene un puesto reservado en el paraíso.

Unos pájaros se cruzan con ella y ni siquiera se asustan. Tan acostumbrados están esos, piensa, de ver a las personas flotando en el cielo. Lamenta no haberse despedido de los suyos, de ninguno, ni siquiera le dio tiempo de escribir unos renglones. Mañana o pasado la enterrarán en el cementerio más barato de la ciudad. La hija no tendrá esa consideración de llevarla hasta Chiriquí y ponerla al lado del tío. Ojalá la niña tuviera al pendiente de que no cavaran una sepultura tan honda.

Quién rezará las nueve noches, ¿la Rosita?. La Rosita no abre la boca si no se le pagan diez dólares. Así como el padre subió de veinte a cincuenta dólares las misas de los difuntos, la Rosita aumentó de cinco a diez dólares los rezos. Lo que no le gustaría es que compren licor y lo repartan entre los asistentes a su velorio. Comenzó a odiar la bebida cuando iba donde la tía que la mandaba a vender lotería. El esposo de esa tía le pegada con todo lo que encontrara a su paso. La pobre estaba tan curtida del maltrato que ni al corregidor lo llevaba porque luego la paliza era más fuerte. El Raulito, un hermano, se enterará unos seis meses



después, si es que regresa al campo de esos viajes de pueblo en pueblo en su moto. El Raulito que vendía los chanchitos y luego la llamaba y le decía que se habían desnucado por una pendiente que un niño de un año la sube y baja corriendo. Ese negocio conjunto no dejó un centavo de ganancia, pero sí muchas pérdidas.

Pasando las nubes siente un aire caliente que le recuerda que en la estufa puso unos porotos con bastante agua para que no se quemaran mientras daba aquella pestañeada. Estarán quedándose secos y comenzarán a quemarse. El olor a quemado irá de casa en casa y ningún vecino se inmutará a ir al patio y decir vecina los porotos se le queman. No lo harán porque no la pasan desde que ella les pidió que dieran parte del terreno para la acera. Ahora que es abogada viene con esas exigencias de ricos, comentaban ellos en la tienda del chino que les dejaba tomar cervezas a lo escondido. Cuando ella iba por un caldo rica para los frijoles se los encontraba amontonados en un rincón de la tienda hablando lo que hablan todos los borrachos. Por más que le dijo al chino que llamaría a la policía nunca lo hizo porque sabe que la policía nunca atiende esos casos. La olla de los porotos estará negra, como el alma de esos vecinos, piensa.

El calor se hace más fuerte. Será que voy para el infierno. No fue suficiente el bien que hice en la tierra.

Piensa que lo que le incomodaba a la señora de la pecera era su nombre, Gregoria, no era un nombre para una sofisticada secretaria. En la escuela los compañeros siempre se burlaron de su nombre. Ahora que lo piensa el nombre jamás le gustó ni al marido, don Richo, que nunca la llamaba por su nombre y cuando nació la niña se opuso a que le pusieran Goyita. Gregoria, la abuela murió hace unos veinte años y Gregoria la mamá falleció cuando ella era apenas una chiquilla. La niña no pudo llamarse Gregoria por los caprichos de don Richo, que un buen día no volvió más. Ya no siente nada a su alrededor. Del fresco de las nubes pasó al caliente de los rayos solares y ahora ya no siente nada. Sabe que la llevarán

para Chiriquí y quiere que la pongan al lado de la abuela Gregoria y si no hay espacio, cerca del tío. Nada de ponerla con gente extraña. Que la niña sea juiciosa y que busque un traje bonito para llevarla a la capilla porque todos la miraran por la ventana del ataúd. Que no se ponga un jean para el sepelio porque hablarán de ella hasta gastarle los huesos.

Gregoria siente que la llevan al cementerio. Dentro de poco la bajarán con unas sogas de amarrar las vacas y comenzarán a echarle tierra. Al cabo de los minutos, solo quedará un montículo con una corona y una vela derretida. En unos meses, la hierba lo cubrirá todo y el sol le habrá comido el rojo de las flores, el color de las nubes que imaginaba en su niñez. Entonces, siempre una lengua pegajosa y unos ladrillos cerquita de su rostro.



La mujer sin nariz

Es miércoles, la avenida está dura, durísima. Dicen que es por la lotería. Recorrí algunas avenidas de la vía España y me dirigí hacia el aeropuerto. Hacia allá vamos cuando nos cansábamos de dar vueltas por la ciudad. No piensen que cuando digo aeropuerto es sentarnos en la sala de espera o en algún restaurante, ojalá fuera eso. Lo de nosotros es la acera dura y pura, y hay que estar con el ojo en el retrovisor para cuando se ven las luces de los patrullas. La lluvia, desde la tarde, lava la calle.

Con este aguacero la carretera se ve como un bebé recién bañado. Las luces de los locales, los casinos más bien, colorean el asfalto, un arcoíris acostado en la calle. Las pocas personas que hay, y eso que son apenas las ocho de la noche, caminan por las aceras con paraguas de esos que regalan en las campañas publicitarias. Cuando trabajo me gusta mirar a los lados. Cerca del hipódromo, me detengo a comprar comida. Aunque los tiempos no estén para lujos, el cuerpo merece algo bueno. Me estaciono y abro al paraguas, también regalado de una campaña publicitaria, y camino hasta la puerta del restaurante. Es un local de esos que están adornados con gatitos plateados que suben y bajan las manos al ritmo de una música inaudible. Una a la vez, nunca las dos al mismo tiempo. No hay más de cinco personas en el establecimiento, tan frío como esas neveras que cuestan un ojo de la cara. Me acerco a la caja y pido un arroz frito con puerco asado. Como herrera, no hay nada más delicioso que un puerquito asado. Pago y me siento en una de las mesas que da a la puerta de entrada y salida. Miro a la cajera y pienso que anda arrastrando una carreta más pesada que la mía. Qué hace esta muchachilla aquí, cuando debería estar en la universidad, me digo para mis adentros. Mi abuela me decía que soy de las que tiene el corazón blando como el caimito.

El número 15, dice la muchacha, como si hubiera un montón de clientes esperando la comida. Hablando de números, el 15 tiene ya sus años que no juega. Me levanto y le entrego la factura. Abro la tapa del envase de la comida y sale un vapor que me baña la cara, es el olor a puerco que amamos los que venimos desde la tierra de la berraquera. De la cartera saco unas monedas y se las doy. Gracias, me dice. Es el agradecimiento más triste que me han dado en mis cuarentas y pocos de estar comiendo ‘ojos de rana’, así le llamaba la abuela Tranquilina a los frijoles de palo.

¿Cuál es el apuro por llegar al aeropuerto?, me pregunto ya dentro del carro. Ninguno, me respondo. Corro el asiento y me pongo a comer a mis anchas. Mientras saboreo, pongo el radio para quitarme la tristeza que me ha contagiado la muchacha. Está empezando el programa de Chelo, el acordeonista que me gusta. Si no hubiese estado triste me pongo a bailar en el asiento. Dicen que todos tenemos algo de artista. Termina el programa y doy la última cucharada de arroz. En ese momento caí en cuenta de que no compré nada para tomar. Por suerte aún queda la mitad de la botella de agua que siempre meto en el carro cuando salgo. Está caliente, pero con este frío nadie necesita cosas heladas. A cada sorbo recuerdo cuando mi mamá me regañaba porque tomaba mucha agua; decía que eso ponía la barriga clarita. La calle está desolada. Los pocos carros van tan rápidos. No tengo ningún apuro en llegar. Mi plan es quedarme hasta las diez o un poco más; con que me salgan dos carreras a la ciudad puedo irme tranquila. Hasta la parada del centro comercial ese que adentro cabe todo un pueblo, es un fantasma. En la ciudad y en el campo pasa igual cuando llueve: todo el mundo se recoge temprano.

La lluvia suena como piedras en el carro. La escobilla gira y cuando regresa, todo está lleno de agua otra vez. Desde lejos veo la fila de carros estacionados. El que llega es el último en la fila, la regla tácita. Si no estuviese lloviendo bajo el vidrio y me ahorro el combustible



del aire acondicionado. Apago las luces y recuesto el sillón para descansar hasta que me suene el teléfono. La plataforma avisa las carreras por el celular. No habían pasado tres minutos cuando miro el arma apuntándome.

...

Cerca de la ventana de mi carro había dos hombres. Uno de ellos me apuntaba desde afuera. Gritaban que saliera del carro y no lo pensé ni un segundo. Será a lo que dios quiera, me dije, y abrí la puerta. Los dos tipos dieron la vuelta por detrás del carro y me empujaron. Caí sentada en el charco de la acera. Temblaba. Se marcharon llevándose todo, hasta mis zapatos que estaban cerca de los pedales. Me tomé mi tiempo para levantarme. Los otros carros en la fila se esfumaron. ¡Me robaron, me robaron! gritaba para que me escucharan los conductores que pasaban a mi lado. Finalmente, aparece un alma caritativa: un taxista amarillo, de esos que nos han declarado la guerra a quienes hemos metido a trabajar para el servicio de las plataformas digitales.

Le conté lo ocurrido y el hombre aceleró en persecución de los ladrones. Para qué hace esto, nos van a matar, le imploraba, pero no me hacía caso. La verdad es que ni siquiera con un avión los hubiéramos alcanzado. Llegamos al cuartel de policía, a varios kilómetros del aeropuerto. Hasta aquí llego, me dijo, si me quedo me llamarán a declarar y no estoy para perder el tiempo. Ingresé al cuartel temblando, ahora de frío y no de miedo. Le expliqué al guardia, un niño agrandado, de la entrada lo que había ocurrido y me contestó que ese no era sitio para poner denuncias, que fuera a la oficina central de Ancón. Le dije que me habían llevado hasta los zapatos. Lo más que le puedo prestar es el teléfono por si quiere llamar a su familia, me contestó. Mejor me presta cinco dólares para irme a poner la denuncia, le pedí.



Seguía lloviendo cuando salí a la parada. El tronar de los aviones al subir y bajar me llegaba como si ocurriera a cinco metros de distancia. Se detuvo un bus de los nuevos. Le dije al chofer que me habían robado y me dejó entrar sin la tarjeta. Por más que me senté en el asiento que está encima del motor, el frío seguía dominando mi cuerpo. Los pasajeros, al entrar, quedan con los ojos encima de mí. Me miran la cara, la ropa y luego se quedan su tiempo en los pies. Me daba ganas de gritarle si era primera vez que veían unos pies. El cansando y el frío me quita las ganas de pelearme con alguien. Me bajé en la parada del mercado de las frutas. A esa hora bien se puede cruzar la calle, casi no vienen carros, pero decidí subir el puente, unos de los más peligrosos que hay en la ciudad. Cuando llegué a la oficina de Ancón había una fila de unas diez personas. Era la única que estaba descalza en ese sitio. Con cada uno, el funcionario se tomaba su tiempo. Preguntas, preguntas y preguntas; bla, bla, bla, bla, como dicen los muchachos de ahora. Salí con una sensación de desamparo que me provocaba gritar. Y no lo hice para que la patrulla tuviese una pasajera que llevar para el cuartel. Y en esos cuarteles he escuchado que pasan cosas raras. Mojada y descalza era una más de las tantas personas que deambulan de noche. En la zona paga compré una tarjeta y le puse saldo para no tener que estar pidiendo nada. Era más de media noche cuando el bus me dejó en la parada. Nada más me falta que me muerda un perro, pensaba cuando subía la loma de mi casa. Llamé desde la calle y nadie me respondía. Allí permanecí media hora, hasta que me encandiló la luz de un carro que llegaba.



....

Al día siguiente, más bien a las pocas transcurridas, los niños se levantaron para ir al instituto. No son niños, ya hace tiempo que me pasaron en tamaño, pero siempre serán mis bebés. Les preparo el desayuno mientras se bañan y se ponen el uniforme. Me mato en la calle para pagarle la escuela privada, es lo único que puedo dejarles, educación. ¿Para qué querrían esos malandros mi carro?, me pregunto. Me preparo un café, que sabe a todo menos a café. Caliento más agua y me preparo otra taza. No es tan diferente el sabor de la anterior. La mente me regresa una y mil veces a la acera del estacionamiento del aeropuerto. ¿Qué tal que esos tipos me reconozcan en la calle y me hagan daño?, penaba cuando el sueño se apiadó y me quedé dormida en la mesa. Allí permanecí hasta mediodía, cuando me despertaron los ladridos de los perros. Caminé hasta la ventana y vi los policías bajar del carro patrulla.

...

Los tres policías me obligaron a subirme al carro patrulla sin mostrarme una orden judicial. Solo pude tirar la verja cuando me empujaban como si fuera una criminal. Pregunté qué pasaba y me respondieron que no podían darme detalles. Te sacan de tu casa, te suben a la patrulla y no mereces que te digan las razones. Me llevaron a una de las oficinas de investigación. Ante una sala pequeña, el abogado que me asignaron me pidió que le fuera sincera. Era la primera vez que alguien me pedía tal cosa. Será que piensan que yo misma me robé. El abogado pregunta y pregunta. Luego pasamos a la sala donde se hacen las audiencias. Allí estuvimos horas, escuchando todo tipo de conjeturas, luego un juez ordenó mi detención.

Luego de los trámites legales y médicos, me llevaron hasta la cárcel de San Miguelito. En aquellas paredes el tiempo se detiene y tu mente se rehúsa a quedarse contigo. El resto de la tarde es pesado, casi como cuando regresas de un entierro. No comes porque lo último que sientes ganas de hacer es comer. Te quedas mirando todo, pensando, mirando, pensando y mirando, y al final llegan las lágrimas y el llanto.

Las custodias te acompañan para asignarte tu espacio. Cuando cae la noche el frío te entra hasta los huesos. La manta no calienta. Por el hueco de la ventana se cuele el ruido de la noche: los carros y el canto de los pájaros nocturnos. Se me viene a la mente las veces que pasaba por aquella carretera llevando pasajeros. Ayer estaba allá y hoy estoy acá; ayer era dueña de mis actos y ahora dependo de un reglamento; ayer comía lo que me podía pagar y hoy dependo de lo que nos quieran mandar; ayer tenía dos bebés que atender y hoy no tengo a nadie. Con esta maraña de cosas en la cabeza nadie puede cerrar los ojos. Y mejor que sea así, me han recomendado no pegar los ojos las primeras noches hasta que sepas bien quiénes son las compañeras. Hablando de las compañeras, todas duermen apaciblemente como si nada les robara la tranquilidad. Mi cuerpo está preso, sí, pero mi mente nadie la puede meter en ninguna cárcel. Me veo en la casa fregando los trastes sucios para no dejar nada en el fregador y dejando el arroz hecho para las dos comidas del día siguiente. Ahora pasa un camión pesado, me lo imagino como esos de 16 ruedas que cargan las pesadas vigas del metro. Desde que vi esos bichos tan grande me entró la obsesión de aprender a manejarlos. La oficina que dicta el curso para operar esos equipos me tiene en la lista de espera para la siguiente capacitación. Seré como una hormiga manejando un elefante. La noche se ha detenido.



Siempre nos llega al menos un periódico; una de las trabajadoras no los regala y lo vamos pasando de mano en mano, cada una toma una hoja y así nos vamos enterando de lo que ocurre en la calle. Mi audiencia la publicaron en un rinconcito, solo decía que me habían ordenado la detención, no contaban nada del robo de mi carro, de la denuncia y de todo lo que viví aquella noche. Recorté lo que habían escrito sobre mi caso con los dedos y lo doblé con cuidado, como si se tratara de algo extremadamente delicado. El resto de las noticias de la página se las pasé a las compañeras.

Mi fórmula es pensar que sigo libre, que yo no tuve nada que ver con ese delito que hicieron cuando me robaron mi carro; que sigo haciendo todo los oficios para mis bebés, que sigo recorriendo las calles y que sigo escuchando aquellas pasajeras tan angustiadas, que pronto me llamarán para contratarme para manejar esos camiones gigantes. Ahora que digo pasajeras, recuerdo una, tenía unos cuarenta, y la recogí por la vía España. Su cara llamaba mucho la atención, era una cara grande con un pedazo minúsculo de nariz. Casi una miga de nariz. Al verla se me ocurrió que nació sin esta parte del rostro y le pegaron un pedacito de carne con goma, como lo hace la doctora juguetes que ven los niños en la televisión. En mi mente la nombré ‘la mujer sin nariz’. Apenas se subió no paró de llorar. Lo primero que pensé era que se le había muerto alguien o sentía un gran dolor, pero no era nada de eso, lloraba porque la habían despedido del trabajo. Recuerdo que la invité a tomarse un té en un restaurante. Hablamos de todo y quedamos en volver a reunirnos. Ese quedamos aún no se concreta. ¿Qué habrá sido de ella?, si supiera que me trajeron para acá de seguro se aparece a visitarme. Hablando de visitas, solo me vienen a ver mis bebés y unos primos que no han llegado y ya quieren marcharse, mis hermanos todos se quedaron en el interior trabajando el monte a sol y lluvia. Yo fui la única que me vine a la capital a probar suerte.

El expediente de mi caso se cayó por un asunto técnico. Volví a casa, que no me

quitaron porque mis hermanos vendiendo unos animales para pagarle al banco. Ahora, viendo el asunto con la cabeza fría, fue como si fuera nadando un río y de pronto se vino una cabeza de agua y adiós...si sobrevives tienes que regresar como puedas. La vida enseña, repetía la abuela cuando se quemaba los dedos asando las cazuelas que el abuelo cambiaba por gallinas de pueblo en pueblo. Cuando llegue el mes de marzo ingresaré a la universidad, estudiaré leyes porque hay cientos de casos iguales a los míos donde, como decía la abuela Tranquilina, pagan los justos por pecadores que andan campantes y sonantes.

(Un homenaje al pilar de toda sociedad: las abuelas)



TERCER LUGAR

MUJER COMÚN Y CORRIENTE

PROPUESTA

La reunión se realizó bien entrada la tarde—aprovechamos la mañana para turistar por los alrededores--en el restorán del hotel. Entre pastas francesas y café turco, el productor se mostró sumamente interesado en mi propuesta de llevar a la pantalla la vida, poco conocida, de Asja Lacis, artista de origen letón que se unió a los bolcheviques durante la revolución rusa, pero terminó confinada en un gulag en tiempos de las purgas stalinistas. La reunión se selló con un apretón de manos que se me antojó un pelín más prolongado de lo necesario. Cómo te fue, inquirió mi pareja cuando regresé a la habitación; pues el hombre demostró mucho interés, hasta se barajaron algunos nombres para el protagónico. Congratulaciones, eso merece un brindis, dijo abriendo la minúscula heladera. Encendimos la tele y nos acostamos temprano; en pocos minutos, mi media naranja roncaba. A un cuarto para las diez el teléfono sonó. Desconcertante escuchar que el productor precisaba reunirse conmigo esa misma noche. Lo siento, respondí, pero ya estoy descansando. No se preocupe, subiré por usted, tengo el número de su cuarto. No pude ripostar porque cortó de inmediato. Conque esas tenemos, me dije. Despiértate y vístete; ¿qué pasa? Nos vestimos de prisa y aguardamos. No tuvimos que esperar mucho hasta el toque de la puerta. El hombre puso rostro de piedra al verme en compañía. ¿Qué se le ofrece? Nada, sólo quería desearle buenas noches, madame. Ipso facto, dio la vuelta. A la mañana siguiente recibí el telefonazo: por falta de presupuesto, el proyecto había sido rechazado.

ARTISTA

Siempre agradeceré a mis progenitores el sacrificio de educarme. Crecí en medio del taller familiar: mi padre, tapicero de profesión; mi madre, tejedora de abrigos. Quién iba a pensar que no me dedicaría a los mismos afanes. A los siete años, habiendo observado mi afición por la lectura, me enviaron a la escuela: un galerón caliente en verano, helado en invierno pese a la chimenea central, donde la única maestra lidiaba con una veintena de chicos distraídos y famélicos. Desde temprana edad aprendí cómo retribuir el sacrificio de mis padres: siempre aplicada pese a las faenas del hogar, en adelante ocuparía siempre el puesto de honor. Me encantaba dibujar y leer para mis hermanos, haciendo juegos de voces. Durante el recreo, prefería quedarme en el rincón que la maestra llamaba biblioteca: un par de anaqueles con libros raídos, algunos sin tapa, con ilustraciones. Leía las fábulas de Krilov mientras intentaba copiar las ilustraciones en mi cuaderno; después me dispuse a leer *La hija del capitán*, de Pushkin; por las noches, me veía convertida en aquella criatura valiente y decidida. A los trece años, con la ayuda de una beca, pude estudiar en el instituto de Riga, pero terminaría mi formación en San Petersburgo. Fue allí donde, luego de asistir a una representación de *La gaviota*, de Chejov, que empezó mi idilio con el teatro; no tardé en matricularme en el Instituto de Ciencias Teatrales, donde conocí a un mozo de origen judío excepcionalmente bien parecido, que se convertiría en mi pareja y de quien conservarí, pese a nuestra separación, el apellido. Durante nuestros tiempos como estudiantes, no convertimos en activistas del movimiento bolchevique; nos tocaría ser testigos de primera mano de la revolución octubrina que cambiaría para siempre la faz del mundo.

Tenía veinticinco años cuando interpreté, bajo la dirección de Meyerhold, genio renovador y discípulo rebelde de Stanislavski, la cumbre de los papeles femeninos, *La dama de las camelias*, en versión sui generis. La recreación del clásico produciría reacciones diversas: los críticos de vanguardia la pusieron por las nubes, mientras los conservadores, al observar cómo Margarita Gautier fumaba como chimenea y manchaba de rojo toallitas desechables de una conocida marca comercial, nos acusaron de haber pisoteado y escupido el texto. El barullo provocado por la polémica propuesta nos abrió las puertas en el extranjero; la compañía se marchó de gira a Berlín, ciudad disipada, pero meca de la vanguardia: allí conocimos a grandes cineastas como Reich, Lang, Reinhardt y genios de la dramaturgia como Bertoldt Brecht. Regresamos a la madre Rusia, ebrios tanto de aplausos como de críticas adversas; en el ínterin habíamos decidido crear un teatro infantil proletario, iniciativa que complació a Mayakovski, uno de los



ungidos del nuevo sistema. En Moscú tuvimos uno de esos encuentros que cambian vidas: una tarde nos invitaron a la presentación de una bailarina norteamericana que causaba revuelo por lo revolucionario y provocativo de sus danzas. La verdad sea dicha, el primero de sus bailes no me impresionó en demasía; pero en cierto momento, al interpretar nada menos que La Heroica, la danzante se echó el auditorio al bolsillo. Más tarde, en los camerinos, conversamos con la bailarina un poco en inglés, un poco en francés: Isadora era una mujer estatuaria, de ojos verdes y cabello rojo que al bailar se encendía como una llama. A ella le encantó nuestro proyecto de crear una escuela de teatro para hijos de obreros, porque había sido invitada por los bolcheviques precisamente para formar una escuela de danza moderna en Moscú. Con el correr del tiempo, las promesas oficiales jamás se cumplieron: el partido quiso beneficiarse de la fama internacional de la bailarina para fines de propaganda. En nuestro caso, aquel sería el inicio de una entrañable amistad que troncharía su muerte en un trágico accidente de auto en Niza.

Mientras se consolidaba la revolución, los ideales de nuestra juventud se fueron desvaneciendo. Las pugnas intestinas, el ascenso al poder de Stalin, la presión ejercida, como una camisa de fuerza, sobre los artistas para que produjeran un arte comprometido, indujo a muchos artífices de las letras, la plástica y la música a partir al exilio. Mi relación amorosa también se fragmentaba; durante años, Julius había luchado contra el alcohol y el consumo de drogas. Meses agonizantes en sanatorios para adicciones, curas termales en Odessa, crisis de celos; nuestro matrimonio no tardó en irse a pique. Corrían tiempos difíciles: unas semanas después fui requerida a brindar declaración ante la KGB, acusada de actividades contrarrevolucionarias. Aparecí en primera plana de los periódicos vinculada con el reparto de unos panfletos subversivos en la universidad. Durante la gran purga, miles de personas serían detenidas de forma arbitraria, acusadas de conspirar contra el régimen stalinista. Entre lágrimas me enteraría que Meyerhold, el primero de mis grandes maestros, había sido ejecutado. Mi escuela fue clausurada, convertida en filial de inteligencia. Como colofón de un juicio sumario fui condenada a los campos de trabajo correccional, eufemismo oficial para los trabajos forzados en Siberia. Con el estallido de la segunda guerra mundial, de manera perversa se liberaron miles de prisioneros para ser reclutados en las filas como carne de cañón; los enviaban a las líneas de frente en las batallas más peligrosas: infame fórmula para defender al país y librarse de los indeseables de un solo plumazo. Permanecí en el gulag hasta el final de la guerra. Pero no serían años perdidos: mis memorias, publicadas en el extranjero, se convirtieron en un bestseller mundial. Me convertí en la voz de los que no tenían voz.

BAILARINA

Mis enemigos dicen que a los cincuenta años estoy acabada. Se ceban con los rollos que desbordan mi antiguo talle de sílfide; me acusan de inmoral y decadente, llevando la cuenta de mis amores; se burlan de mis vestidos, según las elegantes, hechos con telas de cortinas. Qué más da, siempre habrá admiradores y detractores. En mi juventud, criticaban mi improvisación, mi supuesta falta de técnica, ignorando que empecé a bailar desde el vientre de mi madre; suena arrogante, pero nunca tuvieron que enseñarme a danzar. Jamás he sido esclava de la técnica; lo único que necesito antes de cada función es liberar de mis entrañas una especie de motor; después, dejarme llevar. Dejar libre a un genio encerrado en una botella.

Desde hace algunos meses, acosada por mis acreedores, escribo mi autobiografía. Debo apresurarme: a los quince años, una gitana rusa leyó la palma de mi mano, afirmando que en mí habitaba un espíritu de otra época; que mi vida sería intensa, pero corta; conocería el éxito, pero también la desgracia. Es cierto que mi existencia siempre ha estado marcada por signos y presagios. El hecho de haber nacido frente al mar sellaría mi destino: a los diez años organicé mi primera compañía de danza, enseñando a otras niñas a moverse como las olas del mar, a balancear los brazos como ondulantes palmeras. Éramos muy pobres, pero en la casa reinaba el sonido de la música; nuestra madre se ganaba la vida impartiendo clases de piano a señoritas pudientes. De adolescente, nos mudamos primero a Chicago, donde tuve mis primeras presentaciones como bailarina; luego marchamos a Nueva York y por último, de la mano del nuevo padrastro, un inglés muy estirado y flemático, nos instalamos en Londres. Visitar el Museo Británico cambió mi vida: en mi mente se grabaron con tinta indeleble las posturas, los ademanes, los rituales de las sacerdotisas, bacantes y cariátides de la antigua Grecia. Hice realidad mi sueño dorado de pisar el suelo helénico a los veinte años. A partir de entonces, al igual que mi hermano, solamente usé prendas de inspiración clásica.



Odio el ballet, los zapatos de taco alto y el corsé. Siempre he colisionado con los coreógrafos porque considero que todo se trata de un asunto de dominación; cuando enfrenté al engreído Petipa, a quien la Pavlova debía gran parte de su éxito, cuando observé a la Duse despachar con cajas destempladas a Gordon Craig, me convencí: en el fondo no se trata de arte ni de talento, sino de la simple y grosera ansia de poder, del instinto aún no sofocado por la civilización de dominio territorial, de afán de posesión. El macho que doblega y somete a la hembra. ¿Llamar macho a un exquisito coreógrafo? cuestionaron sonrientes mis amigas. Pues sí, no tiene nada que ver con quiénes la persona se acueste. En Londres, en Berlín, en París, tengo amigas sufragistas, seguidoras de aquella que se inmoló en una carrera de caballos. Aquí en Niza, para divertirse, algunas juegan a vestir ropas de varón, a fumar habanos en público. Hace poco, una periodista española tuvo la paciencia de leerme, haciendo traducción instantánea, algunos fragmentos de los escritos de una monja mexicana del siglo diecisiete. Como dicen los franceses, experimenté un auténtico *coup de foudre*, es decir, un flechazo. Qué lástima no poder leer el castellano; costaba trabajo aceptar que una monja de esa época pudiese escribir tan acertadamente sobre el amor, sobre el libre albedrío, incluso sobre la envidia que siempre provoca el talento. Sentí dentro de mi pecho el abrazo de una hermana. Para colmo de mi fascinación, la amiga de marras me mostró una reproducción en la que aparecía, enfundada en su hábito, una mujer joven y hermosa, de mirada aguda y desafiante. Después quise saber hasta el mínimo detalle de su existencia. Consideré la vida de aquella monja que luchó hasta el final para no someterse, un testamento dirigido a las mujeres del porvenir. ¡Cómo era posible que en todas partes del mundo no se hubiera levantado un monumento en honor de una mujer tan extraordinaria! ¡Cómo me hubiera gustado conocer a esa hermana! Quién sabe, quizá nos encontremos después de esta vida, en algún lugar de la creación donde no exista el tiempo ni el espacio.

En la tarde entregaré estas páginas a la escritora que revisa mi autobiografía. De seguro objetará el empleo de los signos de admiración que según ella equivalen a un auto aplauso. Siempre me silencia con un: zapatero a tus zapatos. Mejor las entrego mañana, acabo de recordar que quedé con mis amigas en el cafetín del puerto; un pretexto para encontrarme con ese guapo italiano que prometió darme un paseo en su bugatti último modelo. Mientras transitamos a imprudente velocidad por las avenidas, me deleitan las ráfagas que abanicán mi rostro: me siento ligera, evanescente, próxima a la gloria.

MONJA

Las instalaciones del hospital están repletas: nos hemos visto obligados, en el caso de parientes



cercanos, a disponer dos dolientes en cada cama. Al anochecer, en el patio se encienden hogueras para destruir ropas y sábanas infestadas. El agua hirviente, en enormes palanganas, apenas alcanza para drenar la inmundicia que anega los pasillos. Los cadáveres, aspergeados con agua bendita, sin pérdida de tiempo se disponen en carretones rumbo a las fosas comunes en un camposanto donde se agotan los espacios para nuevas sepulturas. La peste se ha cebado con los más vulnerables: niños, ancianos, indigentes; no conforme, algunas hermanas de la congregación han dejado atrás los sufrimientos de este mundo. Con sus días grises y cielo plomizo, el invierno empieza a desplegar su manto, a guisa de mortaja.

En la madrugada abandoné el camastro, sedienta y sudorosa. Los escalofríos, la fiebre, las náuseas y la desazón del vientre no dejan lugar a dudas. A los pocos días, alguna hermana compasiva aplica en mi frente un paño húmedo; me apoyo en su brazo para dirigirme tambaleante a las letrinas. Ya postrada, perdidas las esperanzas, mientras intento responder al rezo del rosario, los recuerdos de estos cuarenta y tantos años se arremolinan y atropellan. La infancia como hija natural, el afán de aprendizaje, las frivolidades de la corte, el rechazo a los pretendientes y el ingreso al convento, las noches en vela para escribir mis papelillos, la amistad con los marqueses de La Laguna, el intercambio epistolar con su eminencia el obispo. Pronto sería emplazada a abandonar el recinto donde reposa en tan flaco espacio, abundosa sabiduría: autos sacramentales y comedias de Calderón, tratados de filosofía, teología y retórica, disputando espacio al rimero de folios, el cálamo siempre presto junto al sextante, el astrolabio y hasta el telescopio, tolerados por la madre superiora por ser regalo de los marqueses. Con la pupila clavada en tan maravilloso artilugio podía pasarme las noches en vela oteando a través del enrejado los confines de la bóveda celestial; según la ordenanza de su eminencia sor Filotea, en adelante me sería vedado escribir sobre asuntos profanos, alegar sobre la injusticia, observar cuerpos celestes, identificar constelaciones. Solo mis votos me obligaron a doblegarme. Pero no se me impide soñar: algún día la mujer alcanzará las estrellas.

GAVIOTA

Según la prensa, cuando el camarada Yuri salió de la cápsula se veía pálido, con barba de varios



días y paso inseguro, mientras que esta campesina emergió sonriente, como si solo hubiese dado una vuelta por los alrededores. Durante mi entrenamiento, nunca quise confesar que padecía de vértigo, quizá causado por una infección en el oído izquierdo sufrida en la infancia. Siempre bromeo que sería la menos mala de las aspirantes y el comité de selección no tuvo más remedio. En realidad eran cuatrocientas las candidatas y, como en un concurso de belleza, cinco las finalistas. Después me enteré que mi experiencia como paracaidista definió la elección.

Nunca se sabe adónde van a parar los recovecos de la vida. De mí se hubiera esperado el más ordinario de los destinos: nací en un pueblito perdido de la estepa, en el corazón de la gran madre, como los mujiks llamamos a la tierra rusa; mi padre, conducía un tractor en los campos de trigo y cebada; mi madre, obrera de una planta textil. Éramos numerosos los hermanos; quizá por eso nunca pude terminar los estudios. La única nota particular para una chica de mi edad, con fama de ruda, sería mi atracción por el paracaidismo; pese a la oposición de mis padres, muy joven me uní a un club de aficionados en una comunidad vecina. Di mi primer salto, muerta de miedo, a los veintidós años sin dislocarme ningún tobillo ni fracturarme una pierna, lesiones demasiado frecuentes entre los practicantes. Tres años después empezaría el proceso de selección de la primera cosmonauta; cumplía con los tres requisitos básicos: menos de treinta años, menos de setenta kilos y menos de un metro setenta. Una vez favorecida, el entrenamiento recrudesció: pilotaje de aviones, prolongados períodos de aislamiento, cámaras de ingravidez y, lo peor de todo, sesiones en el centrifugador: al salir de la cámara, todo girando a tu alrededor, con ganas de vomitar, me sentía como una burbuja a punto de reventar.

Por fin llegó el gran día. Haciendo de tripas corazón, muy sonreída saludé a los periodistas; me enfundaron en el pesado traje, me desearon buena suerte y cerraron la cabina del Vostok 6. En último momento estuve a punto de gritar sáquenme de aquí (algo parecido me pasó en la iglesia antes de dar el sí). Mi clave para contactar la base me parecía enternecedora: chaica, es decir, gaviota. Como todo el mundo sabe, permanecí setenta y dos horas en el espacio, dando cuarenta y ocho órbitas al planeta. Sé que decepciono a la gente cuando me formulan la pregunta de siempre: esperan una respuesta poética, trascendente, como la declaración que hizo--bueno, que se aprendió de memoria--el primer astronauta que pisó la Luna. No lo duden, tomar desde allá arriba fotografías de la madre Tierra me hizo olvidar la soledad, los mareos y el cuello entumido por el peso del condenado casco.

LADRONA

Cuando la parte acusadora me preguntó si asistía a consulta siquiátrica respondí no, ¿y usted? Qué vergüenza, fui arrestada en una tienda de Beverly Hills por *shoplifting*: un broche insignificante, una bagatela, apareció dentro de mi bolso de mano. No me explico cómo llegó a parar allí. Primero estudiante de ingeniería, después escandalosa actriz, inventora ignorada y ahora cleptómana: supongo que mi vida no ha sido demasiado rutinaria. Única hija de padres judíos conversos radicados en la capital vienesa, desde niña recibí el epíteto de superdotada; a los dieciséis inicié estudios de ingeniería que objetaban los familiares, una chica tan hermosa metida en una carrera masculina. A los diecinueve, después de una representación del teatro berlinés, me convertí en discípula de Max Reinhardt, con quien hice papeles secundarios en algunas películas. Quizá con razón, mis padres se escandalizaron: no solo fui la primera actriz en aparecer desnuda en una cinta comercial, también la primera en simular un orgasmo. Para hacerme retornar al redil, mis progenitores orquestaron un matrimonio de conveniencia con un magnate de la industria armamentista, fascista hasta la médula, amigo de Hitler y Mussolini. El municionero, como secretamente lo llamaba, resultó en extremo celoso. Se empeñó en adquirir todas las copias de la película y me mantenía prisionera en la opulenta mansión. Durante este tiempo, aproveché para seguir estudiando ingeniería por mi propia cuenta. Mi asistente, una guapa berlinesa, no tardó en auxiliarme; la razón, se había prendado de mí. Juntas urdimos el plan para burlar a los guardaespaldas, escapando por la ventana del *toilet* de un restorán; afuera esperaba un automóvil que me condujo hasta la estación; de allí viajé en tren hasta París. Conocí a otro magnate, ahora de la industria cinematográfica, con quien atravesé el Atlántico en buque; al cruzar la estatua de la libertad había firmado un contrato por siete años y cambiado mi nombre. Para complacer a los productores que me anunciaban como la mujer más bella del mundo, tuve que aumentar mis senos con silicona. En eso estalló la guerra inevitable; como judía, quise ofrecer información al gobierno; mi ex marido jamás hubiera imaginado que su linda mujercita, mientras servía el té a figuras del alto mando, entendía sobre aviones de guerra y tecnología militar nazi. Mientras filmaba películas tontas, consciente de que en Hollywood jamás me tomarían en serio, me enamoré de un científico egresado de Berkeley con quien trabajé en el diseño de artilugios aplicables en el campo bélico.



Logramos la primera patente en la rama de comunicación secreta a partir del espectro ensanchado que permitía la comunicación inalámbrica de largo alcance; el invento fue recibido con beneplácito por las autoridades militares, aunque entonces no se puso en práctica. Aquel sería uno de muchos inventos, desde sofisticados aparatos hasta una tableta para bebidas efervescentes. Por eso me indigna que este gobierno, al cual dediqué toda mi creatividad e ingenio en tiempos de guerra, me emplace judicialmente por un simple desliz ocurrido en medio de un lapsus propio de una mujer madura.

INTELLECTUAL

Por alguna travesura de los genes, vine al mundo encomendada como guerrera, con refulgente casco y brillante armadura, lista para dismantelar las convenciones. De haber nacido en la Edad Media, hubiera sido inmolada en una pira de leña verde por hereje. Nada hacía suponer que la primera hija de mis padres, atildados burgueses, trajese bajo del brazo no una hogaza de pan sino una afilada hoz para no dejar títere con cabeza. Siempre supe que quería ser escritora. Crecí en el seno de una familia pudiente, en un caserón señorial, educada en colegios de monjas, siendo siempre la primera de la clase. Mi padre, que nunca ocultó que en mi lugar hubiese preferido un hijo, no se cansaba de repetir que tenía cerebro de hombre. Pude haber crecido como una chica más, no tan linda pero con seso, esperando su príncipe azul; sin embargo, pasada la adolescencia, ante el estupor de mi ferviente madre católica, me declaré atea. Durante aquellos años, una sombra cayó sobre nuestra familia: el abuelo, presidente de un importante

banco, se declaró en bancarrota; con el descrédito, abandonamos la casa señorial y nos mudamos a un apartamento feo y oscuro en un quinto piso. Los venidos a menos apostaron entonces por la educación de las hijas. Muy joven ingresé en la Sorbona, donde me doctoré en filosofía. En aquellas aulas conocí a Juan Pablo, el único hombre con quien me sentí intelectualmente dominada. Fue inevitable caer rendida a los pies de ese académico feo como el demonio, pelirrojo de piel lechosa, vientre adiposo, mirada estrábica y lentes culo de botella. Un año después, los dos disputamos una cátedra auxiliar que él obtuvo mientras yo quedé en segundo lugar. Conseguí empleo en un liceo de provincia hasta que fui despedida al descubrirse una relación sentimental con una de mis alumnas.

Durante cincuenta años mantuvimos una relación perfecta, con puertas abiertas de par en par. Nunca quise casarme—a pesar de que al principio Juan Pablo me lo pidió—porque consideraba el matrimonio como una institución burguesa repugnante. Tampoco quise tener hijos. Como pareja, no compartíamos el mismo techo. Cada uno a su arbitrio exploró nuevas relaciones, aunque tengo que aceptar que en asunto de amores Juan Pablo siempre se llevó la palma: en sus propias palabras, compartíamos un amor necesario con espacio para amores contingentes. Nuestra plenitud como pensadores eclosionó en los años de resistencia y después de la liberación, cuando nos dedicamos de lleno a escribir dentro de las coordenadas existencialistas, abordando todos los géneros literarios. Algunos de nuestros libros causaron revuelo internacional. Junto con otros intelectuales de izquierda fundamos una revista; recuerdo que publicamos la entrevista que le hicimos al mítico Che Guevara, luego a Castro y Mao. Pese a los dardos envenenados de la tradición, el clero y la burguesía, ya convertido en uno de los pilares del pensamiento universal, a Juan Pablo le concedieron el premio Nobel, siendo el primero en rechazarlo: este galardón es como un salvavidas que se lanza cuando ya has alcanzado la orilla, declaró a los periodistas. Mis estudios en torno a la construcción del género, frases lapidarias como una no nace mujer, a una la hacen mujer, y abogar por el derecho al aborto, me hicieron una de las piedras angulares de los movimientos feministas. Por eso, al borde de la edad propecta, estoy agradecida con la vida. Si tuviese que redactar mi epitafio, simplemente escribiría que fui fiel a mí misma. Mientras existan reglas, nacerán rebeldes que intentarán romperlas.



JURISTA

Excelentísimo señor presidente: hace ciento cincuenta años el mundo aplaudió la proclama universal de Jefferson de que todos los hombres fueron creados iguales. Pocos años después, la revolución francesa ondeó la bandera de libertad, igualdad y fraternidad. El nuestro es un siglo signado por el progreso, por la lucha reivindicatoria, por la justicia y la equidad: el mundo civilizado no concibe diferencias fundamentales entre el hombre y la mujer. Tal sería el farragoso inicio de la instancia que remití al presidente, donde reclamaba mi derecho a ejercer como licenciada en leyes.

La historia de mi vida siempre ha estado signada por la lucha. Según mi madre, una india guaymí del oriente chiricano, estuve luchando durante horas para abandonar el vientre; la vieja comadrona, sudando la gota gorda para que me abriera paso entre las caderas demasiado estrechas de mi progenitora, una jovencita de trece años. Por fin, con el sol naciente vine al mundo un once de septiembre, esmirriada como un renacuajo pero gritona cual coro de ranas. Era la vuelta del siglo y Remedios, uno de los primeros pueblos fundados en el occidente chiricano, con un pasado lleno de indios sin reducir y ataques de piratas, languidecía olvidado por los gobiernos. Una cincuentena de casas de adobe y quincha, una plaza central donde se juntaba por las noches el ganado en soltura, una iglesia con techo de paja y un camino pedregoso, con nubes de polvo en verano y anegado de lodo en invierno, para acceder a otros pueblos de la provincia. Nuestra Señora de los Remedios era sinónimo de desolación, atraso y pobreza.

Mi padre, español dueño de una tienda de abarrotes, muy temprano me enseñó las letras y los números. Al entrar en la escuelita sabía leer con soltura y hasta podía recitar largos poemas. Mi progenitor, como tantos otros, abusaba del alcohol; a nadie sorprendía que, bajo sus efectos, muchos maltrataran a sus esposas. Cada mujer debe cargar su cruz, escuchaba suspirar a las señoras mientras sorbían el café. Desde muy pequeña mi ilusión sería convertirme en maestra, meta que logré a los diecisiete años. A los diecinueve convencí a mi padre, que al principio se resistía a dejarme marchar a la capital, para ingresar en la Escuela de Derecho. Viajamos en un barco de la compañía Pinel; en el cruce de Búcaro, uno de los viajeros narró el naufragio del Taboga, ocurrido ocho años atrás, en el cual sucumbió una decena de

pasajeros. Mi guardián no quedó tranquilo hasta verme instalada en una casa de pensión frente al parque de Santa Ana. Al principio me sentía intimidada como un ratoncito; pero pronto me familiaricé con el ritmo citadino; me corté el cabello al estilo de entonces, tipo garzón, me vestí con chemises y a la carga, a sumergirme en el estudio de códigos voluminosos.

Para evitar el estigma, durante años guardé el secreto de lo ocurrido una noche, al regresar de la biblioteca donde pasaba horas preparando los exámenes. Antes de encender la lámpara, unas manos me atenazaron. El pánico me paralizó; en completo shock, no grité ni pedí auxilio. El intruso me dominó con facilidad. No hacía falta mucha fuerza para doblegar a una chica menudita de apenas metro y medio. Una semana después, superaba con honores las pruebas finales. A los pocos meses, al sustentar la tesis sobre la situación legal de la mujer panameña, me convertí en la primera licenciada en derecho del país.

Tendría que esperar dos años para que, gracias al requerimiento planteado al presidente, se promulgara la ley que levantaba la prohibición del ejercicio de la abogacía a las mujeres. Había ganado mi primera lucha en terreno legal. Ese mismo año, motivadas por tal circunstancia, algunas mujeres valientes y decididas, como mis amigas Clara Sotillo y Enriqueta Morales, formamos el movimiento feminista Renovación, que tenía como objetivos lograr mayor participación de la mujer en la vida política y social, al igual que el derecho al voto femenino. Este movimiento se convirtió en el Partido Político Nacional Femenino; no conformes, contribuimos a la creación de la Escuela de Cultura Femenina, donde se impartían clases de política, historia y civismo, para el desarrollo profesional de la mujer. En las postrimerías de los locos años veinte, entre el frenesí del charleston, la prohibición del alcohol y la debacle de la bolsa de valores, viajé a la gran manzana para doctorarme en derecho, siendo la primera latina en lograrlo.

Las décadas siguientes estarían llenas de luchas, victorias y fracasos, pero nunca retrocesos. Vivimos períodos turbulentos. En nuestro país, el surgir de Acción Popular y la firma de un nuevo tratado, David enfrentándose a Goliath; en el norte, los años de la gran depresión; en el viejo continente, el ascenso del nacional socialismo, las purgas stalinistas y, la tragedia mayor, el estallido de la segunda guerra mundial. Reclamar el derecho a la igualdad, a la equidad de género, tomar parte en la cúpula del poder, no resultarían tareas fáciles. Para las pioneras, en el otro lado del mundo, a partir de la sufragista que se inmoló en una carrera hípica, el esfuerzo común tomaría años para consolidarse; no fue hasta el final de la primera guerra mundial cuando se logra el voto femenino en Inglaterra; dos años después, en Norteamérica. En nuestro país, el voto condicionado se logra un año después de terminada la gran conflagración.



A los cuarenta años, con mis cicatrices de guerra auestas, muchos se sorprendieron cuando me casé con un ingeniero norteamericano. Hacia el final de la década, fui la primera mujer panameña en postularme para la vicepresidencia, por el Partido Renovador. Después creamos el Partido Unión Nacional de Mujeres. En mi madurez, fundé el titular de menores; a los sesenta y cuatro años, cuando las feministas gringas quemaban sostenes y participaban en furibundas marchas, me retiré de la palestra pública, entregando la estafeta a las nuevas generaciones. Nosotras dimos los primeros pasos; las verdaderas revoluciones se consolidan en el largo plazo. El arco de la lucha es largo pero siempre se inclina hacia la justicia. Dentro de poco, será lo más normal del mundo que las mujeres desempeñen actividades tradicionalmente masculinas.

POLICÍA

Para ser policía, lo primero que necesitas es una gran necesidad. En esos días, las cosas estaban color de hormiga; nuestro padre había fallecido y siendo la mayor de cuatro hermanos, tuve que abandonar mis sueños de estudiar en la universidad. Tenía dieciocho años cuando me presenté a la convocatoria en el cuartel; cumplía con los requisitos de estatura y peso; siempre fui, desde la primaria, la más alta del grupo, fornida pero atlética. Para mí no fue problema correr la milla en menos de siete minutos, cumplir con la cantidad de pechadas y flexiones abdominales; como me había criado en el campo, desde chica nadaba como un pez. A pesar de que soy morena, sentí que la parte más difícil era el entrenamiento bajo el sol. Sí, usaba un bloqueador barato, pero qué va, siempre con cara y espalda quemada. Para hacerles el cuento corto, me esmeré hasta el punto de graduarme con el primer puesto de la promoción. Mi madre al principio se avergonzaba cuando sus conocidas le preguntaban por la mayor de sus muchachas. Respondía la verdad porque no le quedaba otro remedio, pero siempre agregaba que me había aconsejado que estudiara enfermería o magisterio, cualquier otra cosa más aparente. Bueno, suspiraba, cada cual debe seguir su vocación.

Una vez que nos graduamos vino la etapa de iniciación. Algunos recibimos entrenamiento especial para apoyar las unidades de las áreas fronterizas; después de interminables meses patrullando por mar y tierra, lidiando con el tráfico de armas e ilegales, por fin llegaron los relevos. Nos asignaron en diferentes áreas; en mi caso, a una ciudad próxima a la capital. Entonces consideré que había llegado el momento para casarme: desde que conocí a mi media naranja, me llamó la atención lo pálido que era, no cogía color pese a tanto sol que tomábamos; para mi gusto, resultaba demasiado flaco, con una prominente manzana

de adán, pero era muy cariñoso. Habíamos acordado no tener familia de inmediato, hasta mejorar nuestra situación aunque el sueldo para empezar no estaba nada mal, se podía ir pasando. A los tres años de convivencia, abandonamos los cuidados, pero qué va, pese a los intentos no lograba quedar embarazada. Mis amigas me decían que el cuerpo primero tenía que limpiarse de las pastillas anticonceptivas. Los meses pasaron y nada; consulté al ginecólogo, quien no encontró ninguna condición que me impidiera concebir. Cuando el médico insinuó que el problema no siempre era de la mujer, mi esposo se encolerizó. Costó trabajo lograr que se sometiese a los exámenes; los resultados no fueron los mejores, pero tampoco fueron tan terribles. Sí, su cuenta de esperma era baja, pero con un tratamiento sería muy probable tener descendencia. Nuestros familiares nos tranquilizaban, verán, cuando se abra la fábrica no sabrán como cerrarla. Pues miren cómo son las cosas, sus pronósticos de cumplieron, después del primogénito llegaron los mellizos. Nos habían asignado a diferentes áreas de la ciudad. Me levantaba a las cuatro de la mañana para preparar los biberones y el desayuno; mientras conseguíamos una empleada doméstica, una de mis hermanas llegaba temprano para ayudarme con los niños. A más tardar a las cinco y media teníamos que abordar la chiva, después venía el trasbordo. Cuando los chicos empezaron a asistir a la escuela, ya habíamos ascendido y sacado un carrito, pero qué va, los tranques eran una cosa de nunca acabar.

Esa mañana de sábado, de civil, había ido a la recién abierta sucursal del banco. Realizado el trámite, me disponía a salir cuando empezó la conmoción. El primero de los asaltantes, vestido de policía, empujó violentamente la puerta. Al principio, hasta yo pensé que en realidad se trataba de un colega; pero cuando gritó todos al piso, esto es un asalto, noté su acento extranjero. Había sometido al agente de seguridad y lo traía como un escudo. El segundo y el tercero de los asaltantes se encontraban muy cerca de mí; el falso policía le lanzó a uno de ellos el arma arrebatada al de seguridad mientras el otro sacaba de sus bolsillos un puñado de bolsas negras. Entre gritos, los clientes que a esa hora no eran tantos, se habían tirado al piso, salvo una viejecita aferrada a su bastón y su acompañante. El supuesto policía se plantó de espaldas a la puerta, amenazando con su automática, mientras el que había apañado el arma corrió hasta los dos cajeros, un hombre y una mujer, para que llenaran las bolsas. El tercero, el que había sacado las bolsas corrió a la oficina del gerente para ordenarle abrir la caja fuerte. Parecía que todo estuviese cronometrado; en un par de minutos los maleantes, aferrando las bolsas, corrieron a la puerta. Primero salió el disfrazado de policía, luego el del revólver; al tercero, que no iba armado pero llevaba más bultos, se le cayó una de las bolsas. Cuando se agachó para recogerla vi la oportunidad. Una rápida zancadilla y zas, se fue de bruces con una maldición y le caí encima, aplicándole una llave mientras los otros corrían



al automóvil que esperaba frente al banco. Uno de los clientes, hombre muy fornido, también me ayudó a inmovilizar al delincuente mientras los del auto salían disparados.

Al poco rato llegó mi marido. Estás bien, me preguntó. Le di un abrazo; después de tanta adrenalina, lo único que quería era regresar a casa, pero los testigos tuvimos que rendir declaración. Después resultó que el guardia de seguridad era cómplice de los asaltantes. Esa tarde salimos en el noticiero y al día siguiente, en primera plana de los periódicos. Digo salimos porque no fui la única, el fortachón que casi aplastó al maleante también hizo lo suyo; después me dijo que sabía algo de karate. No somos héroes, es verdad que por mi profesión he sido entrenada para reaccionar, pero lo hubiera hecho cualquiera, afirmé a los periodistas. Te volviste famosa, bromea mi pareja, estás circulando por las redes. Bueno, este domingo disfrutaré de mis quince minutos de fama porque el lunes a las seis en punto tengo que regresar a la brega: soy una mujer común y corriente.

CATEGORÍA



CUENTO

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE



Categoría: Corto metraje
Premio: Primer lugar
Título: Un Olor que Despierta Tradiciones
Autor: Josué Sanjur
Provincia: Coclé



Categoría. Cortometraje
Premio: Segundo lugar
Título: Fe Inquebrantable
Autora: Ana Grace Hernández
Provincia: Panamá



Categoría: Cortometraje
Premio: Tercer Lugar
Título: Sin Eva
Autora: Yararis Crichlow
Provincia: Panamá

PRIMER LUGAR



Título: Un Olor que Despierta Tradiciones

SEGUNDO LUGAR



Título: Fe Inquebrantable

TERCER LUGAR



Título: Sin Eva

CATEGORÍA



CORTOMETRAJE

CATEGORÍA



DÉCIMA



Género: Décima
Premio: Primer puesto
Título: El sudor de la mujer
Autor: César Rodríguez
Provincia: Panamá



Género: Décima
Premio: Segundo lugar
Título: ¡Oh mujer trabajadora!
Autor: Liborio Peña
Provincia: Herrera



Género: Décima
Premio: Tercer lugar
Título: "Mujer trabajadora: equidad e igualdad de oportunidades laborales"
Autora: Hilda Valderrama
Provincia: Coclé

PRIMER LUGAR

El sudor de la mujer”
 “Solo igualdad atesora
 el sudor de la mujer
 su derecho y su deber
 Dios por igual lo valora”

1

En el pasado gozaba
 solo el hombre beneficios
 y un cúmulo de prejuicios
 a la mujer denigraba.
 Pero lo que inicia, acaba
 y hoy la mujer luchadora
 con acción superadora
 por los derechos sociales
 en aspectos laborales
 “Solo igualdad atesora”

2

El hombre a veces olvida
 que la dama en este mundo
 trabaja desde el fecundo
 momento en que engendra vida.
 Sigue, avanza decidida,
 luchando por florecer
 igual que un hombre al crecer
 con el sudor de su frente,
 o es acaso diferente
 “El sudor de la mujer”

3

La llama de la equidad
 en la indiferencia oscura
 debe alumbrar la cultura
 del respeto y la igualdad.
 Si en una universidad
 la dama llega a obtener
 un título para ser
 toda una profesional,
 deben pesar por igual
 “Su derecho y su deber”.

4

Mujer, tu deseo alcanza
 a tejer éxitos fieles
 entre los verdes manteles
 de la frágil esperanza.
 Mirando a la lontananza
 trabajas sin ver la hora
 como el hombre que labora
 mirando al progreso en pos
 y ese esfuerzo de los dos
 “Dios por igual lo valora”.

SEGUNDO LUGAR

Con un lazo de igualdad
entre el hombre y la mujer,
hay un nuevo amanecer
de justicia y libertad.

I.
Oh, mujer trabajadora
preciosa joya del mundo
de pensamiento fecundo;
creativa y emprendedora.
Incansable luchadora
que buscas con dignidad
un salario de equidad
y seguridad social,
esa es tu meta cabal
con un lazo de igualdad.

II.
Oh, mujer trabajadora
que impulsas la economía,
porque tu sabiduría
es una fuerza motora.
Muchas veces sufre y llora
explotada en su quehacer,
pues hay que reconocer
que por su alta eficiencia;
no debe haber diferencia;
entre el hombre y la mujer.

III.
Oh, mujer trabajadora
el Organismo Mundial
en materia laboral
vela por ti cada hora.
Con esa acción promotora
hay convenios de valer,
para que puedas tener
pleno empleo y protección;
por esta noble misión:
Hay un nuevo amanecer.

IV.
Oh, mujer trabajadora
que cumples un gran papel,
de madre y esposa fiel
un honor que te decora.
La virtud que te atesora
tiene su divinidad,
mujer con tenacidad
que en los entornos sociales;
defiendes los ideales
de justicia y libertad.

TERCER LUGAR

La mujer trabajadora
de cualquier clase social
en el campo laboral
sueña con una mejora.

1

Toda la vida luchando
para alcanzar cada meta,
quien la equidad no respeta
la anda desestimando.
Ella se sigue esforzando
porque es emprendedora,
por su familia labora
y por eso en el hogar
es importante pilar
la mujer trabajadora.

2

Respetado debe ser
todo derecho que tiene
pues con ímpetu mantiene
el anhelo de crecer.
El hecho de ser mujer
no la hace desigual
hay que cambiar la visual
y premiar cada momento
a la mujer con talento
de cualquier clase social.

3

La equidad es lo primero
como derecho ante todo
hombre y mujer, codo a codo
en tareas como en dinero.
Hay que apartar del sendero
el machismo en general,
por arraigo cultural
tiene ventaja el varón
y eso es discriminación
en el campo laboral.

4

Igualdad y equidad
de todos un compromiso
y que el sueldo sea preciso
en base a capacidad.
En bien de la sociedad
cada mujer luchadora
trabaja hora tras hora
y al defender su ideal
por no ser tratada mal
sueña con una mejora.

CATEGORÍA



DÉCIMA

CATEGORÍA



ESCULTURA



Categoría: Escultura
 Premio: Primer Lugar
 Título: La mujer rompe el silencio de las oportunidades
 Autor: Víctor Martínez
 Provincia: Panamá



Categoría: Escultura
 Premio: Segundo Lugar
 Título: Elsy Acosta
 Autora: Relevo
 Provincia: Chiriquí



Categoría: Escultura
 Premio: Tercer lugar
 Título: Dualidad Laboral
 Autor: Oliver Valdéz
 Provincia: Herrera

PRIMER LUGAR



Título: La mujer rompe el silencio de las oportunidades

SEGUNDO LUGAR



Autor: Relevo

TERCER LUGAR



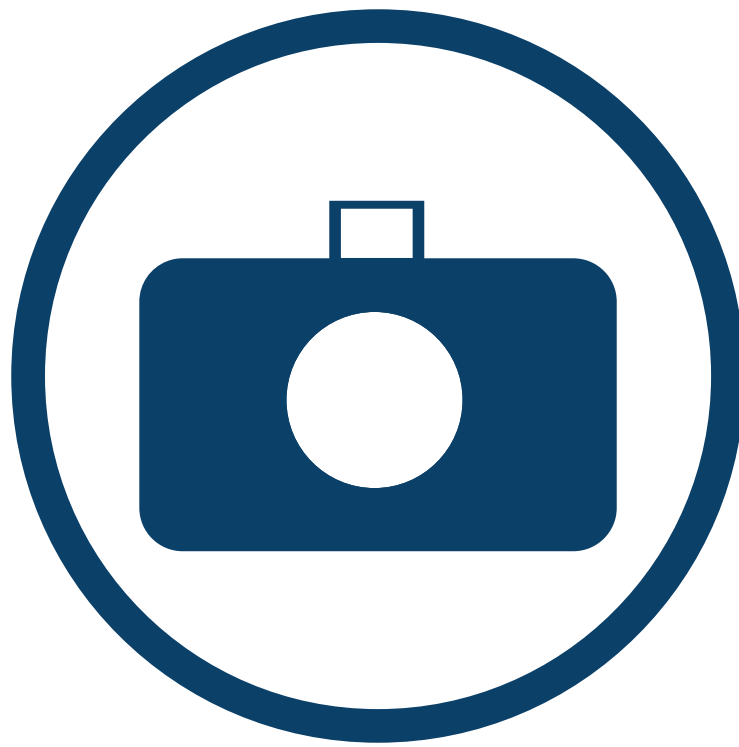
Título: Dualidad Laboral

CATEGORÍA



ESCULTURA

CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA



Categoría: Fotografía
 Premio: Primer lugar
 Título: ¿A qué pesan las mujeres?
 Autor: Manuel Campos
 Provincia: Panamá



Categoría. Fotografía
 Premio: Segundo lugar
 Título: Madre Luchadora
 Autora: Angélica Barrios
 Provincia: Herrera



Categoría: Fotografía
 Premio: Tercer Lugar
 Título: Mujer que florece
 Autora: Yaribeth Arlene Hernández Abrego
 Provincia: Panamá

PRIMER LUGAR



Título: ¿A que pesan las mujeres?

SEGUNDO LUGAR



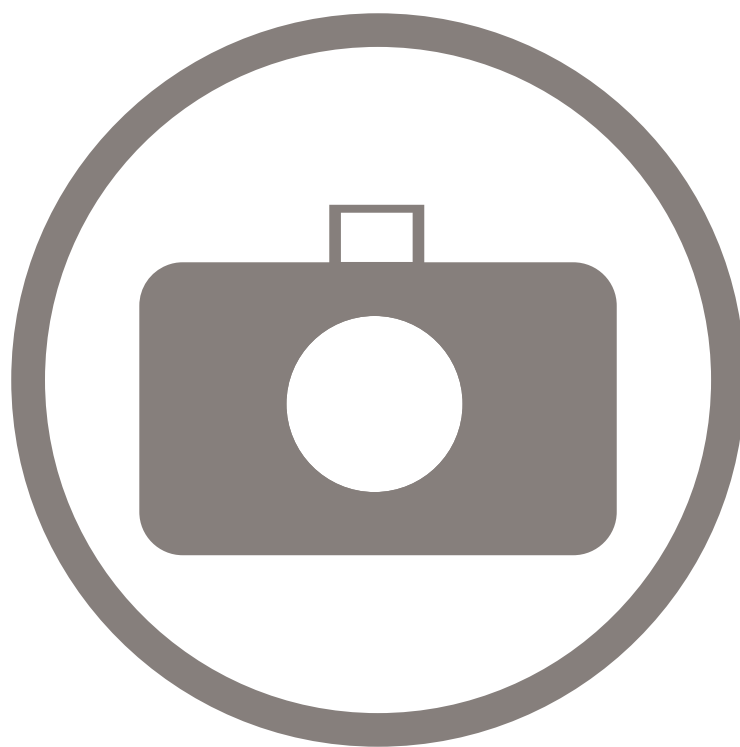
Título: Madre Luchadora

TERCER LUGAR



Título: Mujer que florece

CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA

CATEGORÍA



PINTURA



Categoría: Pintura
 Premio: Primer lugar
 Título: Operadora de Doble Tracción
 Autor: Sergio Smith
 Provincia: Panamá



Categoría: Pintura
 Premio: Segundo lugar
 Título: Inalienable
 Autor: José Valdés
 Provincia: Panamá



Categoría: Pintura
 Premio: Tercer lugar
 Título: Cultura Marginada
 Autor: Eliecer Martínez
 Provincia: Coclé

PRIMER LUGAR



Título: Operadora de Doble Tracción

SEGUNDO LUGAR



Título: Inalienable

TERCER LUGAR



Título: Cultura Marginada

CATEGORÍA



PINTURA



CATEGORÍA



POESÍA



Género Literario: Poesía
 Premio: Primer Lugar
 Título: Los cautiverios, las horas, y los cuerpos
 Autor: Carlos Fong
 Provincia: Panamá



Género Literario: Poesía
 Premio: Segundo lugar
 Título: Mujer: hoja debida
 Autor: Alberto Eduardo Preciado
 Provincia: Chiriquí



Género literario: Poesía
 Premio: Tercer lugar
 Título: LA TRAVESÍA DE MONTUNO EN LOS AMBIENTES DEL DESAHUCIO (CRÓNICA DE LIBERTAD)
 Autor: Ariel Romero
 Provincia: Panamá



PRIMER LUGAR

**XXXVIII Concurso Nacional Premios IPEL
a la Cultura Laboral 2018.**

Tema:

**MUJER TRABAJADORA: EQUIDAD E IGUALDAD DE
OPORTUNIDADES LABORALES.**

Título:

Los cautiverios, las horas y los cuerpos.

Género: Poesía

Por: Sor Juana

Dedicatoria:

Para

V.V.

C. M.

N. R.

A. M. F.

C. R.

A. B.

N. B.

*Por sentirme despierta en la cautiva
morada oscura de tu sangre, llevo
este amargo laurel de gajo nuevo
y esta miel de cilicio rediviva.*

Libre y Cautiva. Stella Sierra

Índice

Nosotras, las malcriadas y malparidas	6
Una mujer no es un ángel	7
La mujer trabajadora, no existe	8
Cautiverio uno	9
Te presento un cuerpo	10
Posdata	11
Cautiverio dos	12
Desgastada en sí misma	14
Hay una mujer	15
Putas es una palabra decente	16
Adentro	18
Tiempo compensatorio	19

Nosotras, las malcriadas y malparidas

Nosotras,
las que menstruamos ceremonias y rituales ancestrales
las que ovulamos esperanzas abandonadas
las embarazadas de memorias transgredidas
las que amamantamos a ángeles y demonios
las que sufrimos menopausias clandestinas
las negadas
las prohibidas
las perdidas
las santas
las malcriadas
las malparidas
las amantes
las adúlteras
las divorciadas
las mosquitas muertas,
las que metimos la pata,
las que nos dejó el tren,
las malcasadas y de segundo frente,
las de camisa de once varas,
las locas que sabemos fingir corduras.
Nosotras también madrugamos parejo para
trabajar las horas con nuestros cuerpos,
sin reconocimientos ni afectos,
sabiendo que nos desgatamos en la faena que
reproduce esperanzas olvidadas.

Una mujer no es un ángel

Una mujer no es un ángel,
es una loca que finge cordura
para luego revelar su presencia postergada.

Una mujer no es un poema,
es un grito que convoca manos artesanas
que tejen lejanas memorias.

Una mujer no es una monja,
es una culpa con deseos reprimidos
con sueños eróticos encendidos.

Una mujer no es una reina,
es una abeja insatisfecha y zigzagueante
que labora la miel de épocas arduas.

Una mujer no es un plaza,
es una casa habitada de cautiverios.

Una mujer no es un tesoro,
es un cántaro de ovarios y coraje
cuerpo revolucionario
que destruye y construye.

Una mujer no es una dama,
es una madresposa que trabaja
jornadas clandestinas por un salario disparejo
y cuando suda lo hace parejo dejando
un rastro de horas acuñadas.

La mujer trabajadora, no existe

La mujer buena, no existe;
solo la que se afana para que sus hijos miren arcoíris cotidianos.

La mujer feliz, no existe;
solo la que se esfuerza en construir un país donde caminar sin miedo.

La mujer libre, no existe;
solo la que marcha dando la cara y gritando consignas en las fechas olvidadas.

La mujer amante, no existe;
solo la que entrega su cuerpo cansado como un sacrificio persa en la niebla.

La mujer devota, no existe;
solo la desobediente que fue sacada de una costilla para morder frutos prohibidos.

La mujer inocente, no existe;
solo la culpable por andar de loca convocando asambleas y rebeldías.

La mujer educada, no existe;
solo la que escribe poemas lejanos para librarse de sus cautiverios.

La mujer trabajadora, no existe;
solo la que maltrata su cuerpo para ver días soleados que no llegan.

Cautiverios uno

Los cautiverios son muchos
Pero no lo saben ni tu boca ni tus manos que
trabajan abnegadas en múltiples quehaceres
hasta quedar fatigadas sobre la espuma.

Los cautiverios son el cuerpo
Pero no lo saben tu piel ni tu sangre que
ocupados andan trabajando para tener una casa
donde poder arrinconar los sueños.

Los cautiverios son un templo
Pero no lo saben tu boca ni tu silencio que se
distraen en sagrados ritos hasta aburrir a dioses patriarcales
en el terrible encuentro que nos aleja.

Los cautiverios son un espejo
Pero no lo sabe tu rostro ni tu mirada que
con locura se despiertan cada día para descubrir
una cara a la que hay que ponerle una máscara fingida.

Los cautiverios son tus hijos
pero eso lo sabe tu corazón y por eso
no descansa por llevar el pan cuando aún la noche es cruel y peligrosa.

Te presento un cuerpo

Te presento el cuerpo consagrado sin afectos
deseado por miradas patriarcales y atrapado en cautiverios infinitos.

Te presento el cuerpo de las virtudes olvidadas
admirado con hipocresías en fiestas, pasarelas y carnavales miserables.

Te presento el cuerpo rechazado
en ferias de empleos que ofertan trabajos donde ganas la comisión parada.

Te presento el cuerpo reeducado
con falda larga y bien portado para no festejar deseos prohibidos que ofendan la moral.

Te presento el cuerpo deserotizado y asexuado
que esconde vulvas y vellosidades, senos que jamás amamantarán a un hijo.

Te presento el cuerpo desdibujado
por agendas oficiales que no dan permiso para ir temprano a casa.

Te presento el cuerpo perdido
culpable y satanizado por buscar el pan en la esquina y en la calle.

Te presento el cuerpo consumido
por los días que busca la igualdad aunque sea oprimido.



Posdata

No solo parirás con dolor.

También trabajarás doble jornada
de día y por la noche.

De día serás cuerpo asalariado, público y privado,
con horas extras mal pagadas.

De noche serás cuerpo invisible, domesticado y erotizado,
sin derecho a décimo y quincena.

Cautiverios dos

¿Y si la equidad es otra forma de mentira?

¿Y si la igualdad es una quimera?

Porque ella no sabe que los cautiverios

se levantan sobre su cuerpo

y por eso no reconoce la opresión

que lleva sobre su frente.

No reconoce que solo por existir la oprimen las horas y

múltiples cautiverios.

Cautiva de su maternidad existe para

sus hijos.

Cautiva del convento existe para sagrados ritos y

el santo rosario.

Cautiva de su sexo existe para el otro

que la busca en la noche.

Cautiva del delito existe detrás de una celda llamada Hogar

donde paga su condena.

Cautiva de la oficina existe para sentirse realizada y por

eso no descubre sus cadenas.

Por eso han expropiado su cuerpo con días y horas.

Y su cuerpo ya no es de ella ni de la estrella ni la luna

sino que es de todos.

Porque se entrega sin saberlo, sin protesta, a cada uno:

A su esposo, a sus hijos, a su fe, a sus amigos, a sus jefes, al horario.

Ya ni la conciencia ni la voluntad

tienen sentido en estos amargos días.

La voluntad es una crisálida sin esperanza de vuelo.

La conciencia se parece a un ciego sin prudencia.

Y ella desea ser protagonista de sí misma y por eso
prefiere fingir que es libre y no cautiva.

Desgastada en sí misma

Hoy vi a una mujer contenida en sí misma
y con el peso de las horas en el rostro.

Imaginé que ella tenía un trabajo
con un horario maltratado y salario indigente.

Abstracta y materializada era como
una sombra para los otros que solo la veían
cuando necesitaban hacer una consulta.

Yo la vi acumulada en los días
muriendo lentamente por los otros.

Imaginé que ella tenía una casa
donde habitan sus esperanzas.

Hoy vi a una mujer consumida en sí misma
con una mirada de flores y de sangre.

Pensé saludarla para darle unas palabras de aliento:

Decirle, por ejemplo: mañana será un bonito día.

Pero para ella todos los días son iguales.

Hoy vi a una mujer desgastada en sí misma
con el cuerpo ocupado por las horas y sin pensar en ella.

Hay una mujer

Hay una mujer a quien le ocurren los días
de forma irrenunciable.

Ella es real porque sabe soportar las horas.

Vive resumida en horarios rutinarios y
guarda en un féretro los umbrales secretos cotidianos que
en excepcionales casos comparte en horas laborales.

Esa mujer tiene doble calendario, doble jornada
doble sacrificio y doble desvelo,
pero su recompensa no le
alcanza para completar su felicidad
y llenar sus carencias.

Ella es real y suele acercarse
a la plenitud de sus días
por eso olvida pelear
lo que realmente merece.

Depositada plenamente en el otro
ella le hace frente a la faena sin quejarse y
aprehende el mundo en una espera que la castiga
y aún así guarda afectos para todos.

Hay una mujer a quien le ocurren las horas
de forma incurable.

Putas es una palabra decente

“...todas las mujeres son putas por el hecho de evidenciar deseo erótico...”

Marcela Lagarde

No me digas que puta es una palabra fea o indecente,
Porque putas pudieran ser todas al llevar un deseo erótico reprimido.
Solitarias en la malva de la noche solo trabajan para el otro
y regresan de madrugada a casa para ser madres por unas horas.
Son mujeres a quienes han satanizado su erotismo,
solidarias y afligidas suelen enfrentar sus problemas
aunque les hayan negado sus derechos.
Definidas y malvadas.
Pervertidas y esclavas.
Escandalosas y perdidas
Son iguales a todas las mujeres
y de equidades no saben y ríen para sus adentros
porque también tienen momentos maternales
aunque sus senos han sido babeados por bocas ajenas
que no son las de sus hijos,
por eso el mundo las declara pecadoras.
Sus cuerpos son el espacio donde desconocidos han abandonado
los apetitos meridianos, sus cuerpos son el espacio del sacrilegio,
cuerpo erótico en la desdicha
cuerpo perfumado en la derrota
cuerpo reverenciado en el vacío
cuerpo tabú
cuerpo envidiado
cuerpo derrotado por las horas nocturnas.
Ellas son como Eva: culpables y desobedientes.
Eva manzana, Eva satanizada

Eva negada, Eva mala
Eva tentadora, Eva pública
Eva de la calle, Eva malportada
Eva fenicia, Eva retorcida
Eva visitadora, Eva prepago
Eva Malinche,
Eva Magdalena,
Eva Afrodita,
Eva sin oportunidades ni derechos,
Eva sin equidades ni igualdades,
instrumento de su oficio y reina de su cuerpo.

No me digas que puta es una palabra indecente.
Es solo una palabra a la que también le pasan las horas,
pero se han acabado los lenguajes para definirla y por eso
ellas nunca sabrán de igualdades porque sus cuerpos condenados
son objeto del deseo y del delito.
Vivirán siempre atadas al erotismo de los otros
y prisioneras de su cautiverio público.

Adentro

Para V.

Todas las mujeres quieren ser una casa
pero algunas, en su desigualdad y fragilidad,
ignoran que vivirán pobladas de los otros.
Conocí a una mujer que era una casa.
En cada instante y en cada acto ella era su casa.
Ella solo existía adentro de la casa,
afuera era inconsistente e incompleta.
Afuera invisible, serpenteante, fugaz.
Cuando entraba a la mujer, es decir, a la casa,
podía acariciar sus paredes y sentir la piel marchita
porque esta mujer ha dejado
su juventud en cada cuarto,
repitiéndose a sí misma infinitamente.
A veces camino cerca de la casa y
veo sus ventanas llorando
porque sus hijos, que se han ido,
olvidaron visitarla.

Tiempo compensatorio

Para E.

Pese al dolor acumulado
lograste limpiar tu casa e
insistes en llegar temprano
para marcar a la hora reglamentaria.
Ordenas tus cotidianidades en la oficina
para no perderte en tu imagen abatida.
Ayer trabajaste hasta tarde
sin viático, pero con derecho a
tiempo compensatorio.
Le das continuidad a las horas
y dejas que te pasen por el cuerpo
que aún no se recupera del tranque.
Temblorosa y frágil,
cansada y erosionada por la jornada
llenas el formulario de permiso
para ir a esa cita médica
sin recordar
que mañana es día feriado.



SEGUNDO LUGAR

MINISTERIO DE TRABAJO Y DESARROLLO LABORAL

INSTITUTO PANAMEÑO DE ESTUDIOS LABORALES

XXXVIII CONCURSO NACIONAL A LA CULTURA LABORAL

SECCIÓN POESÍA “ESTHER MARÍA OSSES”

TÍTULO DE LA OBRA:

MUJER: HOJA DEBIDA

SEUDÓNIMO:

PALABRAS ANÓNIMAS

PREMIOS IPEL 2018

ÍNDICE

MUJER: HOJA DEBIDA 4

Foto 5

Nombre 13

Datos personales 16

Experiencia 18



“Tantas flores serían necesarias
para secar los húmedos pantanos
donde el agua de nuestros ojos se hace lodo;
arenas movedizas tragándonos y escupiéndonos,
de las que tenaces, una a una, tendremos que surgir”.

Gioconda Belli

(“Flores el 8 de marzo”)

MUJER: HOJA DEBIDA

Foto

“Y que mis venas no terminan en mí,
sino en la sangre unánime
de los que luchan por la vida,
el amor,
las cosas,
el paisaje y el pan,
la poesía de todos”.

Roque Dalton

Entra a su santuario regular,
pero esta vez
como testigo consciente
del sacrificio...
con sangre desde Alejandría,
óleo de su luz;

entre Vietnam y París,
con los corpiños para su sien
sobre la hoguera;
tejiendo el fuego entre las cenizas
de mujeres,
¡no para la antorcha de una estatua
en Nueva York!
La loza yace en el fondo de los días
con restos de eternidad adheridos
así como su alma de bandera agotada
se aferra al mástil de sus huesos...
pegada, también,
a sus sueños rotos...
aquellos que guarda,



con ese extraño instinto
de contener la respiración
para no apagarse
en la pequeña llama
de su aliento
ante el abismo.

De repente
un rayo
lo ilumina todo,
algo,
un destello,
una luz repentina
de la mente
asalta el cristal
y hace resbalar su mirada

hasta caer vertiginosamente en los ojos
que la observan desde los platos relucientes...

Ahora,
por primera vez en años,
siente...

siente
lo extraño de atraparse
en la red de sus entrañas
con sus propias manos,
mientras se agita,
violentamente,
para liberarse
entre las aguas
de un vientre cotidiano
que da a luz,

entre los trastos,
seres escamados por cicatrices
brillantes y hermosas,
con sus rostros
humedecidos
por los mismos recuerdos...
Camina despacio,
como la luna en su noche,
y se detiene...
con el sol, que ignoraba,
ahora ardiendo bajo su cuerpo;
sumergido,
pero invicto;
sobre la tutela
que la hizo asteroide en el oscuro océano

donde el hambre del hombre
se hizo a sí misma
el centro del universo;
de un universo inventado,
ficticio,
inhumano,
inmenso...
hasta el estuario donde los segundos
se fueron saturando de dolor
en su cielo...
Pero hoy su estrella
se escapa en la mirada
fugaz,
ardiente,
temeraria...



que no vacila
en multiplicarse en las pupilas
que ahora crecen en su espíritu,
sobre la vajilla,
mirándola
¡sin miedo!
Un sedimento sublime
armado de vida,
como si todas las vidas,
adosadas en el reflejo,
no temieran quebrarse,
quebrarse con ella

cuando se besan
en silencio,
como hermanas,
el agua,
las lágrimas
y su propia sangre.

Nombre

Serás mujer,
como también son mujeres las palabras...
seres inefables que entrañan
las majestuosas fuerzas que rompen
todos los silencios del mundo.

Palabras Anónimas**(Libro de las invocaciones)**

Nunca, desde tantos sueños,
se ha escrito una palabra,
que te identifique tanto...
Ataron tu nombre
a un muelle abandonado
al que le diste sentido,
pronunciando al mundo

lo inasible,
antes de partir...
Abanderaron tu cuerpo,
por conveniencia,
mientras tus innumerables velas
convocaban, silenciosas, al viento.
Despertaste,
sin temor,
el terrible oleaje
avanzando decidida
sobre la arena...
aquella que, intentó tragarte
mientras caminaban descalzos,
tus sueños

en otros sueños,
hacia esta salobre e inmensa lágrima
llorada por siglos,
ignorada por siglos,
por todos y de nadie,
¡tu propio mar!

Datos personales

“No hay prisa. No hay necesidad de brillar. No es necesario ser nadie salvo uno mismo”.

Virginia Woolf

Como un sueño,
construí un espacio en mi cuerpo
desde el exilio...

Las ausencias
también se comprometen.

No olvides traer la lluvia,
brindaremos juntos,
pan y rosas...

amanece.

Experiencia

“Nuestras vidas no serán explotadas desde el nacimiento hasta la muerte;
los corazones padecen hambre, al igual que los cuerpos
- ¡pan y rosas, pan y rosas!”.

James Oppenheim

Nos cercioramos del abismo,
oscuro,
incomprensible...
sequedal
que fue huerto
de la herida...
de un caudal profundo
y sensible



que sucumbió
ante esa nada
que abandona,
que sedienta
bebe
nuestro sudor,
nuestra sangre,
nuestras lágrimas...
y el torrente
que germina,
con un beso,
las tiernas semillas
de este anhelo
disperso
en sus riveras,

uterinas...
trabajadas con misterios
corporales
que se entregan
para alimentar
al mundo
y al tiempo
que ahora crece
a orillas
de su largo camino...
Ni la censura,
ni el abuso,
ni el maltrato,
ni el abandono
serán suficientes
para contener

nuestro destino...
el cielo arderá en los ojos de la noche
con nuestro propio viento
y la igualdad despertará
al amor que llueve
sobre todos,
liberando
al celaje
de su rostro,
deforme y gris,
en las pupilas
de nuestro más remoto silencio...
entonces
la equidad
abrirá su amanecer

en medio de las tinieblas,
y será nuestro coraje
el que devuelva,
al mundo,
esas corrientes
de manos terrestres
que tensan arcos de colores
hasta el polvo,
para lanzar,
entre las nubes,
toda la voz
de una mirada,
que asciende,
sin temor,



entre los fermentos
de la vida
y de la muerte;
así el abismo no podrá esconder,
bajo sus párpados,
el fuego intencional
de esta maravillosa quimera...
aquella que nos refleja,
en sus ojos,
desde ahora,
el inquietante resplandor
con que nombramos al valor
de encender
nuestras estrellas.

TERCER LUGAR

XXXVIII Concurso Nacional Premios IPEL a la cultura laboral 2018.

Categoría: Poesía

**Título de la Obra: La travesía de Montuna en los ambientes del desahucio
(Crónica de la libertad)**

Seudónimo: Aleyna

La travesía de Montuna en los ambientes del desahucio (Crónica de la libertad).

Personaje de Montuna que representa la lucha por la equidad e igualdad de las mujeres trabajadoras, en el marco del tema:

Mujer trabajadora:

Equidad e igualdad de oportunidades laborales.

I
Travesía



“Tú,
hija del mar abierto, áureo,
tú que danzas inmóvil
parada
ahí
en
la transparencia
desde lo hondo del principio:
tú...”

Gonzalo Rojas.

4. Montuna.

Los calendarios de tus antepasados marcaron una fina abertura en el mundo,
una incandescente llama que se poblaría de tu voz; un caudal de río, un colibrí de sombras para opacar a la
palabra malvada.

Y de esa abertura brotaste como la semilla que pervive en las hostilidades de una tierra muerta; muerta
como esos seres que andan en las ambivalencias del desprecio y la decadencia; ahí surgiste con una sola
oportunidad para derribar los muros del presidio.

Y lo derribaste con la sutileza de la llama, con tu voz de montaña sobre los aguaceros en atardeceres de
tragedia, con la palabra diáfana que pintó surrealismos sobre lo terrible.

Con tu mirada de ramas quebradas, tomas al mundo como las más austeras de las pinturas y le pones la
sangre de todas las mujeres, el vacío de la injusticia hacia ellas, y luego lo colocas para que la pintura de
sangre seque; para que la equidad vuelva, con las huellas de sangre que las vuelve hermosas.

Montuna naciste de los montes del Tabasará, y su vegetación vehemente te tatuó sobre tu cuerpo la nahua
y con ella eres la guacamaya más sublime de la cordillera, con el eco de tu canto el mundo emerge desde el
invierno antiguo.

Cantas, Montuna,

Y los seres escuchan:

Tu canto revolucionario, y en sus campanarios,
ruge el velamen de la verdad;



Tu dolor, el de las mujeres del mundo, y
sus agonías, sus tristezas, sus lágrimas,
sus alegrías y la conservación de sus sueños son igual que el de los demás.

Montuna naciste para pelear y para rescatar la equidad de las mujeres, que todavía es un corazón incrustado
en alambres de púas.

Montuna aquí empieza la travesía.

5. Ración de paz.

De la cordillera central viaja incesantemente todos los atisbos de las vidas pasadas de tu pueblo, y en las noches de viento frío, cuando la tierra remece los enigmas en el canto más hermoso de las resurrecciones, cae en las montañas las palabras destinadas a la lucha, y tus antepasados vendrán en la forma más noble de la noche para guardar ahí tu corazón desgastado y te darán anhelo de la justicia para llevarlo , obtenerlo, como la deuda sagrada para aquellas mujeres que reclaman ecuanimidad en las fauces de un sistema que las mancillas.

Montuna te has convertido en la causa, en el cielo que quiere respirar lo sublime del vuelo de las aves, eres la vía del idioma cortado que alcanzará la palabra perfecta, de los cantos crepusculares de las mujeres que son el arrecife más hermoso de un océano que ha olvidado los giros del amor.

Montuna has salido de tu comarca para enseñar al mundo, que la mujer es el universo, y la premisa verdadera de igualdad entre los seres de la tierra, la ración de paz imperecedera.



6. Lucha de sangre y poesía.

Vinieron hombres con la desolación del mercado libre, trajeron campanarios que anunciaba la supuesta libertad,

comenzaron a esculpir los dialectos del lobo bajo el umbral de las deidades,

brindaron los artefactos hermosos para sellar el rito de la traición.

Querían nuestro río para consumarlo en la agonía del capital,

que esto nos daría desarrollo, que contribuiríamos a la nación,

y en la realidad aforada de los humanos,

era el final, la tortura con el relato de las enajenaciones,

incrustadas en palacios de muerte.

Algunos hombres de mi pueblo en la ruptura de la dignidad venderían la cosmogonía,

el hálito del ambiente inescrutable del Río Tabasará;

nuestro líder más antiquísimo, testigo de nuestras alboradas,

y redentor inmutable de las heridas marcadas en nuestra geografía de huesos rotos

por los designios de lo que está ciego.

Yo Montuna, levanté mi voz, y el trueno tomó la forma de la espada,

y los árboles entonaron una plegaria, que se dibuja sutilmente entre el sonido de la brisa y la cadencia límpida del aguacero:

y comencé la lucha, las mujeres empuñamos una voluntad cincelada en los orígenes

|de lo que sufre tras la ausencia.

Los hombres armados venían a defender la codicia de otros, y en una laguna de gritos,
hicimos frente, los perdigones silbaban música tenebrosa,
nuestra herida de mujer era igual que la de nuestro hermanos que también luchaban,
estábamos juntos en la lucha , murieron varios, otros heridos, luego la sangre tiñó la carretera, y en la lucha
fuimos iguales, en la sangre fuimos iguales.

Una larga mancha de sangre sobre la carretera,
sangre de hombre,
sangre de mujer;
la misma sangre,
no había diferencia,
hicimos el mismo trabajo en la igualdad,
proteger nuestro río en el largo canto de los gritos y la impotencia,
luego las mujeres trabajamos hombro a hombro
con quienes nos creían débiles;
Porque se dieron cuenta que fuimos sangre y poesía.



7. Emblema

Montuna el cielo irradiaba unas letras en la reverberación
del atardecer de rastros que alberga un sitial de lo místico, de guerras pasadas,
de amores prisioneros de alguna profecía pulcra devorándose
en los enigmas de lo incierto, pero hoy irradia a las habitaciones de los instantes muertos,
hoy pinta en el telón de los umbrales, una alegoría de Justicia social,
y esa alegoría eres tú, Montuna, un emblema,
un historia de mujeres que se acerca al mundo
y toma las sinfonías de las edades ,
reinventa escapes , avenidas, callejones pedregosos,
pueblos que renacen en el silbido de la rana por las madrugadas
donde el náufrago atrapa la última gota del mar,
ahí estás, eres esa historia;
de mujeres, las verdaderas progenitoras del trabajo,
y sus manos son del máspreciado mineral
que soporta todas las laceraciones de un submundo que
intenta sumergirlas en un túnel de castillos resquebrajados
de casas que intentan el suicidio entre los ramajes de la palabra

ignorante; designios de la discriminación, donde nace todas las aves del averno.

Pero su fortaleza (Montuna, tu fortaleza y el de las mujeres del mundo) es como la que otorga la dignidad de la historia,

como ese escudo indomable que resiste el poderoso embate de las luchas,

parecido a la resistencia del canto del ave que vence a los presagios de la sonoridad oscura de la tarde;

Son las combatientes más dignas de las batallas.

Son el mar que ennoblece a la arena, son el guijarro que perpetúa en su eco, todo el esfuerzo de las mujeres en el trabajo,

ahí está tu relato, tus poemas de sangre Montuna,

ahí estás en cada paso hacia el paraíso construido a puro plomo

y lágrimas, en la redacción múltiple de los golpes.

Pero en una redención donde siempre levantarás la espada con el emblema,

tu emblema Montuna;

el sonido de la libertad en los pasos de las mujeres



8. Travesía.

Saliste de tu comarca hacia un nuevo designio,
en el viaje, el idioma de tu pueblo tomó la forma de todos los paisajes de la tierra,
los llevaste enlazados en la tradición, el estertor, la valiente lluvia que nace en la extremidad oeste del
Tabasará, ahí donde el sol canta en ngäbere.

Antes de tu partida

los árboles escribieron en tu cuerpo que es una roca de arte rupestre,
los códigos del encanto, ahí advirtieron del engaño,
te dieron las herramientas para descifrar los acertijos grabados en las cerraduras del
sistema;
desde que nacen las mujeres son esclavizadas en las profecías del engaño,
en el dictamen alevoso del falso rol,
ya los árboles te advirtieron Montuna en su escritura de tierra de antigua,
en su respiración de tronco forjado por todo los vientos de las edades antagónicas.

Llegas a una ciudad que respira en el fuego del mar,
una ciudad que emerge de las imágenes humanas,
de calles quietas en la meditación certera del miedo, y
los ámbitos del prejuicio te dan la bienvenida,
y los grandes edificios de la costa huérfana

te da la punzada del desprecio,
Por tu aura excelsa de mujer,
por la esplendidez mística de los orígenes de tu pueblo,
por la belleza Ngabe de tu rostro; un caudal de agua, un brizna de luz filtrada en las madrugadas en que el
Tabasara camina y te da el hálito de la guerra.
Llegaste y luchaste por la igualdad de otros y esos otros son tus hermanos,
Te diste cuenta que lo único que te distinguía de ellos:
Fue el sonido de árbol otoñal que crece sobre la letanía enigmática de sus rostros,
marchaste por la justicia en tu época universitaria,
desafiaste el sistema con el grito de ramajes invencibles,
con tus hermanas y hermanos lograste
esculpir sobre las conciencias adormecidas que los derechos
son un ocaso que atraviesa las miradas de quienes respiran,
Y del respiro soñamos la sociedad perfecta,
en el que el amor se viste con su más fino ropaje;
en donde la mujer alcanza su derecho a una igualdad de oportunidades,
y ciñe con su espada de cabelleras, de remansos redimidos,
su lugar en el trabajo.



Montuna fuerte oleaje del mar,
semilla que vence a la árida tierra,
Montuna, mujer, mujeres;
La brisa del otoño que le da el soplo de la
esperanza donde emerge el devenir histórico de su tierra,
su poder volátil para cambiar las dinámicas sociales en beneficio del rito
de la igualdad, de escribir con las sombras de sus ojos la historia de la mujer digna.
Esta es tu travesía Montuna, pero no es solo tuya y lo sabes, es de todas las mujeres,
De la madre con su flauta de mariposas renacidas del arbusto más milenario,
y con su música envuelve y doma a los odios, convirtiéndolo en el inconfundible e imperecedero canto de la
cigarra que es el pacto de paz en los atardeceres.
De la hija inmortalizada en los ensueños de la caminata
donde los esfuerzos nunca mueren en la huella,
esa palabra de hembra que conquistará las páginas del mundo,
y las guiará a la verdadera libertad.
Y sus voces: un piano que no cesa la música tras los rompimientos de las jaulas.
Eso eres tu Montuna, una música indómita que llamará por siempre a la libertad y la igualdad de la mujeres.
Eres tú, la gran travesía en esta crónica de la libertad.

9. No entiende que somos uno.

Dijiste que cuando me viste por primera vez,

mi nahua te pareció el mapa o el recorrido de innumerables batallas,

que también parecía trazos de ríos cuyas aguas hablaban un idioma indomable.

Luego me dijiste que mi idioma ngäbere era la música más hermosa que resurgía de los montes olvidados,

del vuelo del ave que construye el nido en el árbol que sostienen a los días.

En una tarde en que mis lágrimas se convirtieron en pólvora, en heridas y amargura porque ese día dimos

batalla en las calles por los derechos de la mujer,

Me dijiste en ese momento, en el que,

el humo de los perdigones tapaban la sonrisa del atardecer,

que tu corazón de hombre era mío, y tenías una herida grave que despedía sangre, recorría tus mejillas, y me

recordó el curso del río Tabasará.

Recuerdo que te abracé y te dije que no nos pertenecíamos,

que era más que eso, que éramos uno;

la humanidad no entiende que somos uno

como tú y yo en el amor, sin pertenencias.

La Humanidad no entiende que somos uno en el trabajo, en el derecho y la libertad.



10. La palabra irrompible.

Montuna tu voz recorre y consuela las manos,
los pies, el corazón y la mente de las mujeres,
que desprenden su fuerza laboral como el ave que llama al alba,
para que pose su sonido de arpa sobre los árboles.

Tu voz recorre la magia del ingenio de estas mujeres,
y con sus manos de artistas tejen el trabajo digno,
esculpen el surrealismo tangible de un universo
que las llama a conquistar el castillo de los presidios
habitada en presagios de desesperanzas,
e inundarlo con el trino nocturno de la lechuza
que calma la tristeza de la madrugada,
para así habitar este castillo que es la humanidad .

Montuna , Mujer , mujeres, trabajadoras dignas,
harán del castillo la casa amada, el bastión de lo cierto
combatiendo los parajes de la discriminación, del desprecio,
de la diurna concentración de la injusticia, y de la inequidad;
los borrarán por siempre y trabajaran por un nuevo devenir;

la condena del prejuicio, la reverberación del acto justo que nace con el trabajo,
y en este castillo tus manos por fin forjarán la estatua de la igualdad;
luego los años, una pequeña hiedra enredada en las rocas de la ribera,
donde el ave se posa cantando, recitando el nombre de las mujeres como la
palabra irrompible.

11. El fuego jamás detenido.

Los seres de la tiranía han construido un mundo de vidrios quebrados,
han hecho de las buenas intenciones una sangre que se desagua por los ojos de los árboles,
tallaron sobre la sonrisa de la rana la esperanza atroz de un ave que circula el último vuelo de lo que siempre
será utópico, de lo que siempre será profecía dormida entre las aberturas del ocaso;
La justicia, la gota de agua donde renacen las semillas de la tierra;
en que la creencia de la igualdad es la convicción
más fuerte, es lo veraz que la vida no puede quitar.
Lo cierto es que tal mundo casi desaparece, el derecho legítimo de la mujer de acceder a un mejor devenir;
donde los atardeceres son siempre lo lejano
que calma el alma, el templo perfecto que las guarece del ritmo incalculable que las quiere herir.
Montuna estás tú, la tangible lucha de las mujeres,
tu travesía más amada; regar tu sangre como lluvia por el derecho certero de la mujer.
Vienes como el Dragón de los bosques que emergen de los pensamientos del río y de la
brisa gris que es la canción imperecedera de la niebla,
vienes como la serpiente emplumada que posee el fuego diáfano de las voces que yacen en todas las selvas
de tu pueblo , voces de fuego , voces que quieren ser libre,

voces del verdadero signo de lucha, voces de protesta contra los estados de la discriminación,
de la oportunidad negada, y tú, Montuna que eres la travesía de lucha, arrasarás con tu
fuego a la tiranía, a los dominios de la ignorancia , a la alevosía que se
cierne sobre el derecho de la mujer trabajadora;
los acabarás con el vehemente canto de tu fuego y
alcanzarás la justicia laboral para las mujeres ,
porque eres el fuego que jamás muere ante la injusticia,
el fuego que protegerá de las desolaciones a las mujeres,
El fuego jamás detenido.

12. El idioma de la reconciliación.

El sitio exacto Montuna; una habitación donde venciste a la tragedia.

Esa que se viste con una túnica de casas abandonadas, el recinto inescrutable en que la palabra es un gran vacío. Una habitación de la mujer mancillada, ahí sus rostros eran de piedras; último vestigio de los grandes ríos, de la esperanza que es la magia ecuánime que habita el subconsciente.

Esa habitación de la tragedia en que los mares tórridos ahogaban por siempre a las mujeres, ahí Montuna te alzaste como el caudillo, como el halcón que remueve lo cimientos de la tierra, con el giro de su vuelo y la música revolucionaria, derramaste la vorágine celestial que se lleva las aguas de la oscuridad.

Con las formas de tu sangre, que es el sonido más audible del amor, venciste esa habitación de la tragedia, y ya las mujeres no ven a través de los barrotes. Por eso hoy,

las mujeres hacen a la humanidad más hermosa, por el sonido sinfónico de su trabajo,

convertiste a esta habitación en el sitio exacto donde las mujeres hacen del trabajo,

la metáfora hermosa,

el idioma de la reconciliación.

13. Fin de los ambientes del Desahucio.

Los ambientes del desahucio, la mortal arma de la desesperación,
donde los seres profesan el credo de las caídas, y la punzada siempre es el constante
sentimiento en el juego y el rejuego de la exclusión;
donde las mujeres eran las aves que trazaban señales de auxilio en la vastedad de esta
cárcel invisible.

Montuna lograste lo irrealizable, con tu travesía, donde marcaste el largo canto del Tabasará, donde tu nahua de Ngabe fue la proeza, la poesía más letal en el lenguaje de la humanidad. Y en esa consecución de tu sangre, sudor, y de los pasos que nunca se detuvieron, sembraste la inclusión laboral de la mujer, como un signo perpetuo en los sonidos de los crepúsculos, ahora la humanidad vuelve en otro pensamiento a acariciar las mieles de la hermandad, porque ahora las mujeres construyen el castillo infranqueable de la equidad, el lote baldío ha desaparecido del pensamiento del invidente porque ahora las mujeres son la visión, el velamen de los ríos acariciando las riberas tristes y creando un nuevo sonido hermoso en la humanidad; han finalizado las épocas de los ambientes del desahucio laboral para las mujeres, están ahora bajo la nueva nube que han creado.

Hoy la mujer construye edificios, enseña los idiomas, curan a los enfermos,
son líderes de sus proyectos , gobiernan los países, y son poseedoras por fin de su derecho natural de aportar a la liberación continua de su sociedad.

Montuna, lo has logrado, tú, conjunto de mujeres de la lucha inacabable,

haz logrado la igualdad en el trabajo para la mujer.

Más allá, en el Tabasará, se escucha el canto Ngabere de las aves.

Tu canto Montuna, la evidencia más sublime de tu travesía.

Crónica de la libertad.

“El árbol es mujer y en su follaje oigo rodar el mar bajo la tarde”

Octavio Paz.

16. El árbol diáfano

Las mujeres son el árbol diáfano,
de sus raíces nacen las metáforas más hermosas,
en sus extensiones se habla de las crónicas de las libertades,
que es la escultura que le da un nuevo rostro
a la vida ;
el real derecho al trabajo,
de construir las habitaciones donde el mundo es un remanso que calma a las fieras.
El árbol diáfano donde surge la fuerza laboral de las mujeres,
ese sentimiento de igualdad que son la raíces de todos los árboles
que se sostienen como manos y se toman unas a otras ante el embate del viento mordaz.
El árbol diáfano; esa pequeña nube de la inmensidad, donde se respira la paz honda de los
nombres que sacrificaron sus risas en la lucha, y a través de esa crónica de la libertad ,
que es el sonido sublime en aquellas mañana en que la niebla canta sus sinfonías en la
exactitud del dominio del amor, se ganó la guerra de la inclusión de la mujer.
Ahora la mujer pinta en el óleo de la
humanidad la forma pura, el contorno celestial de los seres;



todas las mujeres por fin libre de las oscilaciones
de la discriminación.

El árbol diáfano, el testimonio vehemente de la palabra
donde el trabajo de la mujer es la profecía más fuerte
que sostiene a la fe en los parajes del desahucio.

17. Mujer crónica sagrada de la libertad.

Mujer, crónica sagrada de la libertad.

Agua que acaricia las piedras como el último abrazo de la tierra.

Gorrión que canta el enigma y consuela a seres que no conoce.

Haz poblado con el sonido de tus manos a un mundo que necesita tus
anhelos, como una alborada definitiva que libre por fin a los paisajes lúgubres.

Mujer, crónica de la libertad, mujer que canta, mujer que llora, mujer que ríe, mujer que
lucha y lucha, mujer que reclama derechos, mujer que reclama oportunidades;
mujer con cuyo trabajo renueva los cimientos del silencio,
descubre una verdad, la esculpe, y esa verdad es su trabajo infatigable,
haciendo del trabajo una premisa de hermandad entre hombres y mujeres,
una premisa de lo ecuánime, y con esa gallardía haz logrado que los cielos mediten en la
lucha y en el esfuerzo de cada mujer en las distintas épocas,
y que sus legados son una corriente de río que nunca cesa.

Mujeres y sus luchas son el soneto más bello que las lluvias
traen para recordarnos que la mujer es el sitio exacto donde nace el trabajo;
la verdadera redención de la Humanidad.



Montuna, vuelas como la guacamaya, tu nahua posee los colores de los relatos invencibles de la lucha de las mujeres por la equidad, vuelas entre el tiempo y fuera del pensamiento.

Vuelas sobre los tiempos regando esa semilla de lucha sobre las mujeres;

Aves que nunca renunciarán a la sinfonías de sus vuelos, árboles fuertes que no se soltaran de la imponente tierra.

Montuna, esparciste tu fe de lucha en cada mujer, tu esencia de lucha siempre estuvo en las batallas de Berta Cáceres; su sangre nunca renunciará a la peregrinación de la justicia, y su lucha siempre estará en cada río, montaña, y los bosques cantarán su nombre por siempre

en ese velamen de pájaros que escriben la historia de sus pasos, que es el relato de las manos que arranca la maldición de la tierra espesa. Dijiste Berta que las balas podrían matar, pero que la palabra nunca muere, se multiplica en la lucha, y es así Berta, tu palabra siempre vivirá en la lucha, siempre vivirá en la mujer luchadora, que le dice no a las espinas de la injusticia. Ahora vuelas con Montuna sembrando las semillas de la lucha por la Justicia Social, por la sonrisa que se nos niega, nuestros ojos siempre verán llover tu legado, en cada momento de lucha.

También Montuna haz hecho tu vuelo sobre Benazir Bhutto; eres la tórtola del desierto que le da un nuevo nombre a la arena, donde están todas las pisadas de las mujeres que han enterrado su auxilio; las levantaste Benazir, sus nombre caídos, sus palabras de ruego se convirtieron en la bandera de liberación que comenzaste a ondear;

Vencer las estridencias de la exclusión,

Poner a cada mujer de Pakistán a realizar los mismos sueños,

Benazir, mujer valiente, con tu lucha hiciste de la democracia un rui señor que consuela al mundo. Ahora navega en los ambientes llevando la pólvora de la resistencia.

Montuna compartes tus alas con Claribel Alegría; combatiente a sangre de la palabra, tu palabra Claribel, tu literatura fue el escudo y el arma infalible con que defendiste a tu Nicaragua amada de la codicia. Claribel quisieron herirte con la metralla, quisieron lisonjear acerca de tu causa, porque peleabas por el derecho de tu pueblo, por la mujer, el hombre, el niño y la niña, esa igualdad que somos, unísonos en el derecho; peleaste por el derecho empuñando el poema, el relato, el discurso de la defensa legítima, venciste como el tiempo que vence a las desolaciones del frío.

Claribel Alegría tu eres el respiro que alimenta el espíritu de las mujeres.

Montuna, estás allá en el Cerro Ancón con Amelia Denis de Icaza, ella te habla de su Panamá, del Cerro Ancón reina de mares; proscrita injustamente por los azares del vicio de la riqueza, donde construyeron un país falso en esa tierra nuestra; Amelia, tu impotencia navega en el canto de las aves que circundan la cima del Cerro. La solemnidad del mar, su fuerte canto soprano que acaricia tu corazón como la última costa, donde llegarán los barcos ciegos, donde los alumbrarás por siempre con esa tea que enciendes en la cima del cerro; aquí empieza tu lucha , porque tu corazón adolorido es tu mayor resistencia donde brotarán tus poemas como una vorágine, y romperán el soplo de las vicisitudes.



Tu verso fue el primer paso hacia la soberanía,
tu lucha Amelia, mujer de la conciencia, lleno de identidad a las mujeres
que vencieron, vencieron y fueron firmes desde la mente y las acciones,
Gracias al soplo de tus ojos; banderas que no se rinden.

Amelia Denis de Icaza, mujer de la libertad, siempre vuelves como el búho regresa domar la noche con su
mirada, todavía estás en el Cerro Ancón, todavía estás.

Montuna, caminas sobre una nube, a tu lado esta Diana Morán, alondra del exilio, estrella que brilla en un
planeta baldío, girasol que nace de la tierra seca y le regala el paisaje al moribundo, mujer defensora de los
derechos, impulsora de la sociedad justa, maestra digna de la lucha, removiste los cimientos de la tiranía; y
de las paredes de tu lucha sangraron tus poemas y crecieron como grandes árboles que vencieron al viento, y
llevaste a la sociedad a quitarse la venda de la manipulación.

Diana Morán, diste el soplo del pensamiento luchador a cada mujer que enseñaste; tú. maestra de la
conciencia, del pensamiento crítico,
de la universalidad del amor sembrada en la lógica de la hermandad.

Diana Morán, hoy respiramos el clamor de tus poemas, la canción de lucha irrevocable,

Diana Moran, aurora que siempre navega en nuestra resistencia.

Montuna eres la epopeya de todos los tiempos,
has navegado tus heridas sobre la resistencia de las mujeres,
una batalla del día a día, que se ha convertido en el castillo imponente que no se escapa de las miradas;
un ocaso que siempre llamará a la noche entre los espejismos crepusculares,
una palabra revivida por siempre en las edades:
la igualdad por siempre para nosotras.



Índice.

1. La travesía de Montuna en los ambientes del desahucio	2
2. I Travesía	3
3. Epígrafe	4
4. Montuna.....	6
5. Ración de paz.....	7
6. Lucha sangre y poesía	9
7. Emblema.....	11
8. Travesía	14
9. No entiende que somos uno.....	15
10. La palabra irrompible.....	17
11. El fuego jamás detenido.....	19
12. El idioma de la reconciliación.....	20
13. Fin de los ambientes del desahucio.....	22
14. Crónica de La libertad	23
15. Epígrafe	24
16. El árbol diáfano.....	26
17. Mujer crónica sagrada de la libertad.....	31

CATEGORÍA



POESÍA

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA



Género Literario: Prensa escrita
Premio: Primer lugar
Título: Equilibrio Tejida con Fibras de Chunga
Autor: Abdiel Bonilla
Provincia: Panamá



Género Literario. Prensa escrita
Premio: Segundo lugar
Título: Poder Femenino de los Bomberos
Autor: Helkin Guevara Gil
Provincia: Panamá



Género Literario: Prensa escrita
Premio: Tercer lugar
Título: El género no determina su capacidad, ellas van de frente, arriesgan y ganan.
Autor: Jean Carlos Díaz
Provincia: Panamá

PRIMER LUGAR

Sociedad

5 artesanas de Ipiti Emberá tejieron esta colección, que incluye 20 piezas.

Equidad tejida con fibras de chunga

Historia que amalgama las arcaicas de igualdad laboral de una artesana tejedora, con la empresa social de sostenidas dispuestas a romper paradigmas étnicos y económicos.

¿Qué es la equidad? ¿Qué es la igualdad? ¿Qué es la justicia? ¿Qué es la libertad? ¿Qué es la fraternidad? ¿Qué es la solidaridad? ¿Qué es la paz? ¿Qué es el amor? ¿Qué es el respeto? ¿Qué es el diálogo? ¿Qué es el consenso? ¿Qué es el acuerdo? ¿Qué es el pacto? ¿Qué es el compromiso? ¿Qué es la responsabilidad? ¿Qué es el deber? ¿Qué es el derecho? ¿Qué es el deber ser? ¿Qué es el ser? ¿Qué es el estar? ¿Qué es el tener? ¿Qué es el haber? ¿Qué es el poder? ¿Qué es el saber? ¿Qué es el conocer? ¿Qué es el comprender? ¿Qué es el sentir? ¿Qué es el pensar? ¿Qué es el creer? ¿Qué es el querer? ¿Qué es el amar? ¿Qué es el vivir? ¿Qué es el morir? ¿Qué es el trascender? ¿Qué es el evolucionar? ¿Qué es el desarrollarse? ¿Qué es el crecer? ¿Qué es el madurar? ¿Qué es el envejecer? ¿Qué es el morir? ¿Qué es el ser humano? ¿Qué es el ser social? ¿Qué es el ser cultural? ¿Qué es el ser espiritual? ¿Qué es el ser integral? ¿Qué es el ser completo? ¿Qué es el ser feliz? ¿Qué es el ser libre? ¿Qué es el ser auténtico? ¿Qué es el ser sincero? ¿Qué es el ser honesto? ¿Qué es el ser justo? ¿Qué es el ser equitativo? ¿Qué es el ser equitativo?



Clara García, artesana emberá de 53 años de edad.

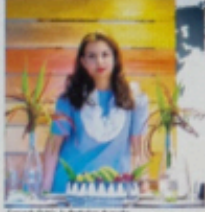
Clara García vive en un barrio de la ciudad de Bogotá. Ella es una de las cinco artesanas emberá que forman parte de la colección de 20 piezas tejidas con fibras de chunga. Estas artesanas trabajan en un taller comunitario en el barrio de San Mateo, Bogotá.



Artesana emberá en su taller.



Las artesanas emberá en su taller.



Artesana emberá en su taller.

El uso de fibras de chunga en la artesanía emberá es una tradición que se ha mantenido durante siglos. Estas fibras son obtenidas de plantas que crecen en las zonas montañosas de la región. Las artesanas emberá utilizan estas fibras para crear una gran variedad de productos, desde bolsos hasta alfombras.

Clara García es una de las artesanas emberá que ha logrado dar a conocer su trabajo a nivel nacional e internacional. Ella ha participado en varias exposiciones y ferias de artesanía, donde ha recibido numerosos premios y reconocimientos.

Artesana emberá en su taller.

El poder femenino de los bomberos

A mediados de la década de 1990, cinco voluntarias empezaron a señalar el camino para que más mujeres que compartían el deseo de ayudar a los demás, se sumaran al servicio del Cuerpo de Bomberos de Panamá.

IGUALDAD DE GÉNERO

Helkin Guevara
hguevara@prensa.com

Cuando Nilza Chavarria llegó como voluntaria al Cuerpo de Bomberos de la República de Panamá, bastaban los dedos de una mano para contar las mujeres que ofrecían sus servicios en el cuartel, hombre a hombre, con el resto de bomberos. El oficio estaba dominado casi al 100% por hombres.

Fue el 11 de octubre de 1994. Nilza, hoy capitana de 53 años, recuerda la fecha de su ingreso como si se tratara de su cumpleaños. Igual que las argentinas Ana Cisneros, de 45 años: 11 de noviembre de 1994. Ambas pertenecen a la primera generación de bomberas de Panamá, junto a Aimé Arosemena, Rita Betancourt y Argelis de Bravo.

Fueron las primeras cinco mujeres que ingresaron a la Academia de Formación de Bomberos para "pelear" por un puesto en alguna de las compañías (grupos especializados de trabajo) del Cuerpo de Bomberos.



Cada una de las compañías del Cuerpo de Bomberos de Panamá cuenta con integrantes femeninas.

Rubén Cisneros - LP

TERCER LUGAR



Miércoles 09 de mayo de 2018



Buscador de notas...



FAMA DEPORTES MUNDO TIERRA ADENTRO EL PAÍS ARCHIVO IMPRESO RIESGA 2018 **SONO**

El género no determina su capacidad, ellas van de frente, arriesgan y ganan

Hoy, se conmemora el Día Internacional de los Trabajadores, fecha considerada por muchos como un reto de mucha lucha para alcanzar mejor condición.

ETIQUETAS: [Mi Bus](#), [Equidad De Género](#), [Operadoras](#), [Mitradel](#), [Transporte Público](#), [Metrobús](#), [Día Del Trabajador](#)

El País | 05/01/18 00:00

Jean Carlos Díaz | jeancarlos.diaz@epasa.com | [@jeandiaz1331](https://twitter.com/jeandiaz1331)

-
-
-

A sus 46 años de edad, Liz Marín se levanta con optimismo y buena fe. Siempre pensando en que será un mejor día.

Sin pensar en el famoso "qué dirán", ella se muestra orgullosa de manejar un metrobús.

Es así como diariamente sale de su vivienda en el sector de Vacamonte, en la provincia de Panamá Oeste, para



[diaadia.com.pa](#) [diaadiapa](#) [diaadia.com.pa](#)

Cuando ellas toman el control del volante

Más videos

0:00 / 1:50 YouTube

LAS ÚLTIMAS

- 1 05/02/2018 - 7:00pm
San Miguelito estará vigilado con cámaras de video y un centro de operaciones
- 2 05/02/2018 - 6:42pm
Al menos un muerto en el derrumbe de un edificio incendiado en Sao Paulo
- 3 05/02/2018 - 6:40pm
Pare de docentes en el colegio Richard Neumann podría llegar a hoy a su fin
- 4 05/02/2018 - 6:30pm
New Balance da su versión sobre el precio de la camiseta de Panamá en Walmart
- 5 05/02/2018 - 6:30pm
Ricardo Martinelli: "Picuro ejecuta lo que le ordenan"

CATEGORÍA



PRENSA
ESCRITA

JURADOS

Género Literario	Jurados		
Décima	Sergio Cortéz	Donatilo Ballesteros	Luis Bernal
Cuento	Arturo Wong	Lisete Lanuza	Lucy Cristina Chau
Poesía	Genaro Villalaz	Rogelio René Sánchez	Rodolfo A. De Gracia
Prensa escrita	Mayella Lloyd	Edna Jaramillo	Rafael Candanedo
Artesanía	Máximo Ballesteros	María Gabriela Batista	Jorge Camaño
Escultura	Dalys Sánchez	Roberto Moreno	Edgar Hernández
Pintura	Alexis Benalcazar	Heriberto Valdez	Sonia Solanilla
Cortometraje	Irina Figueroa	Ricardo Aguilar	Aldo Rey Valderrama
Fotografía	Federico Galbraith	Fernando Bocanegra	Rodolfo Arangundi



MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL

2018 PAPER AIRBORNE PHOTOGRAPHY COURSE